ALFAGUARA
SERIE ROJA

© 2015, Andrea Ferrari
© De esta edición:
2015, Ediciones Santillana S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4049-3
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*
Primera edición: febrero de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil:
María Fernanda Maquieira

Edición:
Lucía Aguirre

Tapa:
Carlus Rodríguez

Ferrari, Andrea
La velocidad de la música / Andrea Ferrari ; ilustrado por Carlus Rodríguez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.
176 p. : il. ; 14x23 cm.

ISBN 978-950-46-4049-3

1. Literatura Infantil Argentina. I. Rodríguez, Carlus, ilus.
CDD A863.928 2

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

SANTILLANA

Andrea Ferrari

La velocidad de la música

ALFAGUARA
SERIE ROJA

1.

Todavía no había cumplido los diecisiete cuando vio a su primer muerto. Así lo llamó desde entonces, *mi primer muerto*, pero no es que ese cuerpo tuviera una relación directa con ella. Era solo una forma de hablar que le había contagiado Juan Frazoni, un periodista de Policiales al que le encantaba recordar las épocas en las que trabajaba para un programa de televisión sensacionalista y corría todo el día de un muerto a otro.

—¿Te conté de mi muerto más famoso, Sol? —sonreía en esos momentos con añoranza—. ¿Y del más extraño?

Siempre le dijeron Sol, aunque en verdad se llamaba Soledad. No le gustaba su nombre. Cuando le preguntó los motivos de esa elección, su padre se encogió de hombros y dijo que se le había ocurrido a la madre, que sonaba bien, que no hacía falta otra razón. Pero ella creía que ser Soledad había sido una mala señal de entrada, un presagio de que las cosas se le iban a complicar apenas lanzada a la vida.

Volviendo al muerto: sucedió un miércoles de calor inesperado. Ese día había empezado como tantos otros, como empezaban casi todos los días en su casa. Cuando ella se levantaba, su padre solía estar ya sentado en la mesa, con el televisor encendido sin sonido en el canal de noticias y los cuatro diarios que recibían cada mañana desplegados frente a él. Y golpeando. Porque esa era la manera en que Diego leía los diarios: murmuraba y golpeaba. Llevaba entonces veinte años como periodista y doce como jefe de redacción de *Hora Cero*, pero no había dejado de golpear con cada noticia que los otros diarios tenían y ellos no, ni con cada una de las que sí tenían pero no le gustaba cómo habían salido.

Sol preparaba el café y las tostadas e insistía para que se las comiera. Esa mañana estaba empujando en su dirección una untada con mermelada de naranja cuando él golpeó la mesa con particular energía y volaron las migas.

—¡Y esto tampoco lo tenemos!

Ella se inclinó a mirar en el diario de la competencia lo que le provocaba tanto enojo. En la foto se veía a una masa de adolescentes en actitud histérica frente a una valla policial.

—¿No tener esa noticia te preocupa? ¿Un montón de chicas descerebradas tirándose de los pelos por un pibe que no sabe cantar?

Diego levantó la cabeza y la miró. Había un dejo de inquietud en sus ojos.

—No sé si te dije alguna vez, Sol, que sos demasiado cínica para tener dieciséis años.

—Lo dijiste. Pero insisto: ¿semejante idiotez te preocupa?

—Es un fenómeno como cualquier otro. Hay millones de chicos fascinados con ese... Tom... ¿cómo se llama?

—Tommy Fox.

—Eso. Y los periodistas de Espectáculos se olvidan de cubrir todo lo que no es... Mirá, justo, ahí está.

Sol giró hacia la pantalla del televisor donde la multitud de adolescentes saltaba y gritaba frente al vallado de un hotel lujoso. Lo reconoció enseguida: era el Continental.

—Es acá cerca.

—Sí, a tres cuadras del diario. Fijate la cantidad de...

Pero ella ya no tenía tiempo para fijarse en nada, otra vez se había levantado demasiado tarde. Tomó la mochila y le dio un beso.

—Nos vemos después —dijo y volvió a empujar la tostada en su dirección—. Comé algo.

Mientras salía vio que le daba un par de bocados. Seguramente lo hacía por ella.

Horas más tarde, el colectivo en el que volvía del colegio quedó trabado en un embotellamiento y no se movió durante quince minutos. Sol se estaba ahogando. Aunque ya era mayo, ese día se había instalado en Buenos Aires un verano tardío que, sumado a su ropa invernal y a los escasos centímetros que la separaban de la axila de su vecino de viaje, la hacía sentir levemente descompuesta. Intentó sacarse algo, pero no había suficiente espacio de maniobra, así que decidió bajar. El ambiente en la calle era caótico, entre los conductores que

intentaban avanzar a fuerza de bocinazos, los policías que pretendían desviar el tránsito hacia una calle paralela y una ambulancia con las sirenas encendidas que no conseguía pasar. Se sacó la campera y caminó unas cuadras, hasta llegar a lo que parecía ser el centro del caos, donde un patrullero cruzado en la calle impedía el paso y obligaba a todo el mundo a hacer un enorme desvío. Se dio cuenta entonces de que estaba a unos cien metros del Hotel Continental y volvió a odiar a Tommy Fox y sus excitadas fans.

Fue en ese momento cuando se desencadenó una serie de hechos sin mayor importancia que iban a terminar poniéndola frente a frente con su primer muerto. El equipo de un canal de televisión que acababa de bajarse de una camioneta detenida en el embotellamiento pasó a su lado a los empujones, cargando cámaras y lámparas. El último del grupo, un tipo de aspecto nórdico, alto y muy rubio, que se veía agobiado bajo el peso de varios bolsos y rollos de cables, corría mirando para un costado y no la vio: su brazo derecho impactó contra la espalda de ella y un palo que cargaba se le clavó en el omóplato. Sol gritó mientras manoteaba en el aire, en busca de un sostén que no encontró, y terminó en el suelo. Cuando levantó la cabeza el tipo la estaba mirando con expresión compungida. Lo vio dudar entre quedarse a ayudarla y correr a sus compañeros, que no habían advertido nada y seguían adelante, pero se quedó. Apoyó sus bolsos y rollos en el suelo y le extendió una mano.

—Mil disculpas —dijo mientras la ayudaba a incorporarse—. Es imposible caminar por acá con el equipo. ¿Te lastimaste?

—No, no, estoy bien.

Pero se frotó la espalda, que le dolía.

—¿De verdad? ¿Hay algo en que pueda ayudarte?

—No, de verdad.

—Bueno, entonces... —sonrió fugazmente y volvió a recoger sus cosas—. Tengo que correr. Perdón otra vez.

Sol se estaba sacudiendo los pantalones cuando vio que junto a su mochila había quedado uno de los bolsos. Tenía el logo del Canal 8 y en letras amarillas el nombre del programa: *El ojo de la noticia*. En el interior había grabadores y micrófonos. Levantó la vista.

—¡Eh! —gritó—. ¡El bolso!

El tipo ya estaba lejos y no la oyó. Todo habría sido distinto si hubiera seguido su primer impulso: abandonar el bolso en el lugar. Al fin y al cabo, no era asunto suyo. Pero una sensación incómoda se lo impidió. Quizá fue una suerte de solidaridad con el gremio periodístico, que venía a ser algo así como su familia. Entonces se cruzó el bolso al pecho y salió corriendo detrás del tipo.

Sabían a dónde ir, eso era evidente. Doblaron en la primera esquina y luego nuevamente en la siguiente, hasta llegar a otro vallado, custodiado por un policía. Sol ya estaba cerca de ellos cuando vio que uno de los tipos le mostraba unas credenciales y le entregaba algo que el policía se guardaba en el bolsillo antes de correr la valla para dejarlos pasar. Estaba volviéndola a su lugar cuando ella llegó.

—Estoy con ellos —dijo sin aliento y señaló el bolso—. Llevo equipo.

Increíblemente, la frase funcionó a la perfección. El policía se limitó a asentir y movió la valla para que pasara. Sol advirtió entonces que estaba en la parte trasera del hotel, junto a la entrada de autos. Había varios patrulleros estacionados y mucha gente dando vueltas. Hasta ese momento ella había creído que el caos se debía simplemente a la presencia de Tommy Fox y su banda, pero empezó a darse cuenta de que todo era demasiado: demasiada gente, demasiados uniformes, demasiada tensión en el aire.

Cuando finalmente llegó hasta el equipo del Canal 8 se enteró de qué se trataba. Estaban preparando las cámaras junto a un área acordonada con cintas naranjas. Y en el medio había un cuerpo.

Su primer muerto. Era igual que en las series de televisión: tirado boca arriba, los ojos cerrados, la piel grisácea y una enorme mancha roja que le teñía la camisa blanca.

Sol tocó la espalda del rubio que la había golpeado, que en ese momento estaba acomodando unos cables.

—Te dejaste esto —dijo, extendiéndole el bolso.

El tipo obviamente estaba muy nervioso porque saltó al sentir el roce. La miró mientras una ola de alivio le transformaba la cara.

—Me salvaste la vida. Acababa de darme cuenta de que lo había perdido.

—¿Qué pasó? —preguntó Sol señalando hacia el muerto.

—Es un fotógrafo. Lo asesinaron mientras...

El grito del que sin duda era su jefe lo interrumpió.

—¡Nos dieron cinco minutos! ¡Cinco! ¡No perdamos el tiempo!

Al instante el rubio dejó de hablar y se concentró en su tarea. Sol observó unos segundos la situación, el despliegue policial, el nerviosismo del equipo de televisión y llegó a la conclusión de que esa era una noticia importante. Así que le escribió un mensaje de texto a su padre: "Mataron a un fotógrafo frente al Continental. Mandá a alguien".

La respuesta demoró veinte segundos. Le dio cierta satisfacción darse cuenta de que el instinto paterno se había disparado antes que el periodístico.

"¿Qué estás haciendo ahí?", decía.

El segundo mensaje entró diez segundos después.

"¿Quién es el muerto?".

Ella ya había oído el nombre.

"Roberto Convertini", contestó.

Supuso que le iba a ordenar que volviera de inmediato, lo que la hubiera obligado a discutir o a mentirle, porque no pensaba moverse de ahí. Pero no: resultó que en la batalla entre el padre y el periodista había ganado el periodista.

"Hay un cronista en camino —escribió—. Anotá todo lo que veas. Es un notición".

Sol sacó un cuaderno de la mochila y se dispuso a abrir bien ojos y oídos. Anotó lo que pudo, atropelladamente, sin saber en qué debía fijarse. De todas formas, quedó muy feliz con la experiencia.

A mucha gente su primer muerto podría provocarle impresión, náuseas, tristeza, horror. A ella le dieron muchas ganas de saber qué le había pasado.

2.

Algunos apuntes personales antes de seguir adelante. Primero: la edad. A Sol siempre le daban menos o más edad de la que tenía, nunca la justa. Sucedía que era de contextura física pequeña. Por eso mucha gente decía: "¿Dieciséis? Parecés menor". Pero por ciertas particularidades de su crianza, y quizá por el hecho de que todos sus amigos eran mayores, su comportamiento y manera de hablar eran más bien de adulto. Por eso, a poco de conocerla, otra gente decía: "¿Dieciséis? Parecés mayor". Todo lo cual le resultaba bastante irritante.

Segundo: no tenía madre. Había muerto antes de que ella cumpliera dos años. Cuando intentaba recordarla, la única imagen que aparecía en su cabeza era un vestido azul con minúsculas flores blancas en el que ella apoyaba la frente mientras su madre le acariciaba el pelo enrulado. Pero en realidad no sabía si eso era un recuerdo o el resultado de haber mirado demasiadas veces una foto de ella que estaba en la biblioteca, en la que llevaba ese vestido. De todas formas, estaba acostumbrada a no tener madre. Pero muchos cuando se enteraban

decían "oh" y ponían cara de "¡pobrecita!". También eso la irritaba.

Tercero: había crecido en un diario. Era un lugar inusual para crecer, pero así se dieron las cosas. Después de que su madre muriera, Diego había contratado a una señora para que la cuidara por las tardes. Pero al parecer el arreglo a ella no le gustó y se dedicó a morderla todo el tiempo que pasaban juntas. La señora se fue y llegó otra. Volvió a hacerlo: según le dijo una psicóloga a su padre, pasaba por una fase de ira que, incapaz de expresar en palabras, descargaba clavando los dientes en toda superficie disponible, preferentemente manos y brazos. También mordió a la psicóloga. Volvió a hacerlo con la niñera que siguió y con la otra. Un día en que su padre no tenía con quién dejarla la llevó al diario. Contaban quienes la vieron que había corrido toda la tarde por la redacción con evidente felicidad, sin morder a nadie. Así que volvió a llevarla. Con el paso del tiempo dejó de correr y fue encontrando sus lugares y amigos ahí. A los dieciséis años ya tenía bastante más tiempo de redacción que varios de los periodistas. Y aunque no solía presumir, sabía más cosas que muchos de ellos.

Último. Le interesaba la sección Policiales. Estafas, robos, secuestros. Sobre todo, asesinatos.

3.

"Roberto Convertini, *paparazzi*". Así lo escribió Sol en su cuaderno aquella tarde. Después se enteró por Homero Rossi (a quien todos llamaban a sus espaldas *el loro sabio*) que estaba mal. La palabra *paparazzi* venía del italiano y era plural, le explicó, y si se hablaba de uno solo había que decir un *paparazzo*. Pero ella dudó, porque nadie parecía decirlo así.

Había oído hablar de los *paparazzi*, esos fotógrafos odiados por todo el mundo que se quedaban horas haciendo guardia en la calle para retratar a algún famoso, preferentemente en una situación muy incómoda. Cuanto mayor era el escándalo, más alto era el precio que pagaban las revistas de chismes. Se suponía que los medios serios estaban en contra de este tipo de práctica periodística que invadía la vida privada y por eso no compraban esas fotos. Aunque a veces lo hacían. En el caso de *Hora Cero*, estaba firmemente en contra y, sobre todo, tenía poco dinero, así que nunca las compraba.

El día del asesinato todos los medios sacaron a la luz el pasado de Convertini: al parecer, entre los muy

odiados *paparazzi*, él era el más odiado de todos. En uno de sus últimos trabajos había sorprendido a una famosa modelo y a un futbolista todavía más famoso besándose adentro de un auto. Los dos estaban casados, pero no entre sí. El escándalo había durado meses, la modelo había llorado, el futbolista había pedido perdón y medio mundo había criticado a Convertini. Pero cuanto más lo criticaban, más feliz estaba él: la fama aumentaba el precio de sus fotos.

Seguro que mucha gente lo odiaba lo suficiente como para querer matarlo, pensó Sol esa tarde: la lista de sospechosos tenía que ser enorme. No era una conclusión muy original. Millones de personas que veían televisión pensaron lo mismo después de oír hasta el cansancio cómo Convertini había arruinado la vida de tantas celebridades, cómo las perseguía sin descanso con esa poderosa cámara que, como un ojo feroz, se metía en jardines, piscinas, restaurantes y habitaciones para retratar lo que nadie quería que fuera retratado.

Aunque se anunció un estricto secreto de sumario, ese día se conocieron montones de detalles sobre el asesinato. Se supo, para empezar, que Convertini había muerto a la madrugada. A esa hora, el resto de los fotógrafos que habían hecho guardia todo el día a la espera de que Tommy Fox saliera del hotel, o al menos se asomara a la ventana de su habitación, se habían retirado desilusionados. Y los fans –casi todas chicas de no más de dieciocho años– también habían empezado a irse al caer la noche. Pero Convertini sabía aguantar. Tenía su auto estacionado frente a la cochera del hotel de donde, esperaba, intentaría salir Tommy Fox una vez que el lugar se despejara de curiosos. En el

baúl llevaba todo lo que podía necesitar: baterías, comida, abrigo, agua. Podía pasar allí muchas horas.

La muerte se había producido entre las cuatro y las seis de la mañana, pero el cuerpo recién fue encontrado por la tarde, cuando el conductor de una grúa intentó llevarse el auto, un Fiat rojo que estaba en infracción, y descubrió que recostado en el asiento delantero, y semioculto bajo una manta, había un cadáver. Lo sacaron y lo pusieron en el suelo.

Ahí lo vio Sol. Se acercó todo lo que le permitieron para tener una imagen clara de su primer muerto. Tres cosas le llamaron la atención. La piel tenía un color opaco, un gris amarronado. Pero más rara era la pose, un poco torcida, en que había quedado el cuerpo cuando lo retiraron del auto, ya que había comenzado, según escuchó, el rígor mortis. Es decir que el cuerpo empezaba a ponerse rígido y era difícil acomodarlo. Lo tercero fue el olor: denso, penetrante. Se preguntó si ese sería siempre el olor de la muerte.

"28 de mayo. Escena del crimen: calle Piedras, junto al hotel Continental. Víctima: Roberto Convertini, *paparazzi*. Disparo en el pecho a corta distancia. Rígor mortis iniciado", escribió en el cuaderno. No tuvo dudas de que ese sería un recuerdo que la acompañaría el resto de su vida.

Siempre supo que sería periodista. Su padre, sin embargo, no terminaba de aceptarlo. Él hubiera preferido que hiciera otra cosa: algo más tranquilo, algo que le permitiera llevar una vida apacible, decía en un tono que intentaba ser conciliador pero que ella oía como

una imposición. Sol le había hecho notar varias veces la falta de coherencia en su planteo, teniendo en cuenta que esa era la profesión que él había elegido y le gustaba. Pero sabía que cuando discutía con ella su padre estaba tan lleno de paternidad, tan metido en lo que quería para su futuro, que la coherencia quedaba en un segundo plano.

Por eso no le dijo que había resuelto ponerse en marcha apenas se presentara alguna oportunidad. Y la oportunidad estaba servida.

Cuando entró al diario aquella tarde hizo un pequeño desvío para pasar por Diagramación. Tenía ganas de contarle a Tatú sobre su primer muerto, pero todavía no estaba ahí, algo que en realidad, se dijo, podría haber previsto. Tatú solía llegar con una hora de demora a todas partes, lo que no contribuía para nada a mejorar la tirante relación con su jefe. Sol dejó sobre su escritorio un chocolate que había comprado, sabiendo que él iba a poder adivinar de quién era. Llevaban un buen tiempo con esos intercambios de golosinas y ella aún no tenía claro si era simplemente un acuerdo entre dos apasionados por el dulce o significaba algo más.

Después se encerró en su lugar y se dedicó a leer en internet todo lo que encontró sobre Convertini.

Su lugar era un refugio que la alejaba de las miradas curiosas: un pequeño espacio en la oficina de Sistemas, ubicado tras un panel de madera delgada. Antes esa parte trasera era simplemente un depósito, donde se acumulaban computadoras desarmadas, cables, transformadores y otras cosas de aspecto incierto, todo viejo y sucio. Un día, ella se propuso ordenarlo. Cuando terminó, el

espacio era habitable. Además, consiguió poner en funcionamiento una de las computadoras desechadas, sacando piezas de aquí y allá. Esa era su máquina.

La gente la consideraba desde muy chica una especie de genio de la informática. Era una evaluación un poco exagerada, pero lo cierto es que cuando una persona pasa la infancia en un diario, y más específicamente en el área de Sistemas, algo termina aprendiendo. Además, había tenido un buen maestro.

En Sistemas trabajaban cuatro personas, pero por sus horarios Sol normalmente solo coincidía con dos. Quien entraba a la oficina solía toparse primero con Rolando, que tenía cincuenta y cinco años, anteojos gruesos y un estómago importante. Y que no sabía casi nada de computación: era un verdadero enigma cómo había terminado ahí. Lo que hacía cuando lo llamaban por un problema era, básicamente, apagar y prender, que era como se resolvía el setenta por ciento de los casos. También verificaba que la máquina estuviera enchufada mientras fingía realizar tareas más complejas. Lo notable era que mucha gente creía que de verdad había resuelto un problema. Eso era posible porque la mayoría de los periodistas sabían de computación aún menos que él.

Ignacio, el verdadero genio, intentaba pasar inadvertido. Tenía treinta y siete años y un aspecto de otra época. Sol había leído en algún lado que así era como lucía la gente en los años setenta: pelo muy largo, que llevaba recogido con un cordón, barba desprolija, camisa suelta, jeans desteñidos y sandalias. Como no sentía el frío, usaba sandalias todo el año. El problema de Ignacio era la gente: no tenía la más mínima capacidad de mantener

una charla intrascendente, esas charlas en las que no se dice nada importante pero sirven para llenar el tiempo y evitar las situaciones incómodas. Ignacio no soportaba los contactos cercanos, le daban ganas de huir. Pero era él quien tenía que intervenir cada vez que Rolando no podía resolver un problema, es decir, cada vez que existía un problema real. En esos casos, parecía muy infeliz.

Fuera de estas particularidades, los dos eran buenas personas y no objetaban su presencia en su oficina. En el último verano habían arreglado para que hiciera algunas suplencias pagas. Pero el resto del tiempo ella simplemente estaba ahí y si había mucho trabajo les daba una mano, aunque todos trataban de que se notara lo menos posible para evitar problemas.

Volviendo otra vez al muerto. Había sido un tipo conocido, de eso no cabía duda. Con solo *googlear* su nombre Sol encontró cientos de referencias. Treinta y nueve años, soltero, había trabajado en diversos medios pero llevaba bastante tiempo como *freelance*: vendía sus fotos al mejor postor. Leyó rápidamente todo lo que estaba saliendo sobre el asesinato en las ediciones digitales de los diarios y en las agencias de noticias, pero no era mucho más de lo que ya sabía. Entre las especulaciones sobre los motivos del crimen sobresalían dos: que hubiera sido un robo que terminó en muerte, quizás por la resistencia del fotógrafo, o que alguien hubiera ido a vengarse por alguna de las muchas fotos inconvenientes que había sacado en su vida.

Se dio cuenta entonces de que tenía una información que aún no se conocía y fue en busca de Frazoni. Cuando entró a la redacción lo vio caminando hacia la puerta con un cigarrillo apagado entre los dedos. Rengueaba más que de costumbre, observó mientras lo llamaba para que la esperara. Muchos años atrás, Frazoni había recibido un balazo en una rodilla al ser tomado como rehén por una famosa banda criminal cuando cubría el asalto a una financiera. Sin duda esa era su historia más heroica y se rumoreaba que le gustaba exagerar la renguera para que nadie pudiera olvidar aquellos días de gloria. Pero la cruda realidad era que los periodistas más jóvenes no conocían su pasado ni les interesaba: para ellos era apenas el viejo rengo de Policiales que en cualquier momento se jubilaba.

—¿Salís a fumar?

—Sí —Frazoni estaba encendiendo el cigarrillo aún antes de cruzar la puerta—, no doy más. ¿En qué andás, criatura?

Dio un par de profundas y gozosas pitadas mientras escuchaba el relato y una sonrisa le suavizaba la expresión.

—Así que tuviste tu primer muerto. Y te tocó uno importante, muy bien. El mío, no sé si te conté alguna vez, fue un carnicero de Almagro. Le pegaron tres balazos cuando abría el negocio y el charco de sangre era tan grande que...

Se lo había contado. Y ella no tenía tiempo de volver a escucharlo.

—¿Lo llevás vos, Frazo?

—No, querida —dijo con desilusión—, por desgracia no me lo dieron a mí. Sigo con el asunto de las falsificaciones.

Lo de Convertini lo lleva Juárez. ¿Lo conocés, no? Ese pibe morocho que se cree no sé qué cosa...

Sí, Sol lo conocía, y había algo en él que no le gustaba. Quizás era la actitud soberbia a la que aludía Frazoni. O que se mostraba siempre a la defensiva. O esas uñas comidas hasta lastimarse que le desagradaba mirar. Tenía unos veintiocho años y llevaba apenas seis meses en el diario, en los que se había mostrado claramente ambicioso y un poco paranoico.

Cuando Sol se acercó a su escritorio hablaba por teléfono. Lo vio cortar con irritación mientras soltaba un insulto algo confuso que involucraba a varias generaciones de los familiares de su interlocutor. Era evidente que las cosas no le estaban yendo bien. La miró y levantó las cejas.

—¿Me esperabas a mí?

—Sí, te quería comentar que yo estuve en la escena del crimen de Convertini.

—¿Sí? —Frunció el ceño—. ¿Y por qué?

—Fue una casualidad, pasaba por ahí. Pero creo que tengo una información que te puede servir.

—¿A ver?

—Le escuché decir a un policía que la cámara de Convertini había desaparecido. Pero tenía un reloj caro y bastante dinero en el bolsillo, que no tocaron. Entonces, se puede pensar que el motivo de la muerte no era el robo, sino alguna foto que sacó mientras estaba frente al hotel.

Recién en ese momento la expresión de Juárez se relajó y asomó una sonrisa.

—Es muy interesante —dijo—. Lo voy a chequear con mis fuentes.

—¿Vos tenés algo nuevo?

—Varias cosas, pero hay que confirmarlas. En eso estoy.

Era bastante evidente que ninguna "fuente" le estaba atendiendo el teléfono, aunque ambos prefirieron disimularlo. Cuando ella se estaba yendo, Juárez se paró y le puso una mano en el hombro, un gesto paternal que le resultó irritante.

—Gracias, Sol. Te debo una.

—Ya te la voy a cobrar —sonrió.

Pensaba hacerlo.

4.

La madre de Sol era inglesa. Diego la había conocido en un viaje de trabajo, cuando fue a Londres a cubrir una cumbre presidencial. Dijo que se trató de un flechazo: la vio y bum, fue como si alguien le hubiera dado un golpe en la nuca. No podía dejar de mirarla. Estaban los dos esperando que empezara una conferencia de prensa en el salón de un hotel muy elegante. Ella, que por entonces era fotógrafa de una revista, se había sentado a un costado y le estaba cambiando el teleobjetivo a su cámara. El pelo se le iba a la cara y le molestaba. Entonces hizo un movimiento brusco con la cabeza hacia arriba para apartar esa mata oscura, enrulada, larguísima. Y descubrió al tipo que la observaba con una intensidad muy poco educada, al menos para las costumbres británicas.

—¿Necesita algo? —dijo en mal tono.

—¿Te trataba de usted? —le preguntó Sol la última vez que él se lo contó. Ya había oído la anécdota otras veces, pero le gustaba hacérsela repetir, porque él solía acordarse de algún detalle nuevo.

—Hablábamos en inglés, Sol, ya sabés que no hay vos o usted. Pero creo que, si hubiera podido elegir, sí, me habría tratado de usted. Los ingleses son mucho más formales que nosotros.

—¿Y qué hiciste?

Él supo que tenía que decirle algo enseguida y soltó lo primero que le vino a la cabeza.

—Bueno, sí, quería saber si podrías prestarme una birome, porque me olvidé la mía.

Anne –así se llamaba ella– sonrió burlona y hundió la mano en su cartera.

—¿Qué clase de periodista viene a una conferencia de prensa sin birome? —murmuró mientras le extendía una.

Diego tenía dos posibilidades: quedar como un idiota o como un lanzado. Eligió la segunda.

—En realidad tengo birome —dijo—. Pero no me animé a decir lo que estaba pensando: que me gustaría invitarte a tomar una cerveza cuando esto termine. ¿Qué te parece?

Ella se rio (punto para él), pero negó con la cabeza.

—Imposible, tengo que volver enseguida a la revista.

—A la noche, entonces —insistió él—. Soy un argentino solo en una ciudad desconocida. Necesito una guía.

—No creo que pueda...

—¿Mañana? ¿Por favor?

Ella volvió a sonreír y usó la birome que no le había dado para anotar su teléfono en un papel. Luego le extendió la mano.

—Anne Seymour —dijo—. Mucho gusto.

—¿Mucho gusto? —esa parte a Sol le chocaba cada vez que la oía—. ¿Realmente te dio la mano y dijo mucho gusto? ¿Y tenía solo veinticinco años?

—Sí, te dije que son formales. Sus palabras fueron *Nice to meet you*.

—¿Y vos qué le contestaste?

—Diego Linares. *Nice to meet you*.

Al otro día fueron a cenar.

Todo eso explicaba por qué cada tanto ella recibía mails de tíos y primos que casi no conocía, de los que entendía la mitad. Su inglés no era tan bueno. Pero lo que le parecía más extraordinario era que al menos un par de veces al año le llegaban cartas. Le costaba creer que aún existían personas que escribían verdaderas cartas en papel, iban al correo, pegaban estampillas y las mandaban. Una de ellas era su abuela Jennifer. Ella le decía Granny, como le había pedido. No era que se lo dijera muy frecuentemente: se habían visto tres veces en la vida. Y en las dos primeras Sol era demasiado chica como para recordarlo.

Al día siguiente del asesinato de Convertini, recibió una de sus cartas. Apenas la abrió cayó la foto, vieja y un poco amarillenta. Granny decía que había visto las últimas imágenes que ella había subido a Facebook (no es que su abuela usara Facebook, se las había mostrado Rosie, la menor de las primas de Londres) y le había impactado notar lo parecida que estaba a Anne. Entonces había revisado viejas cajas en el altillo hasta encontrar una foto en la que ella tenía su misma edad. Dieciséis, casi diecisiete. Sol volvió a mirarla: ahí estaba

su mamá, parada en el jardín de la casa. Llevaba una remera con rayas y un short azul que dejaba ver unas piernas flaquísimas. El pelo largo, enrulado. Y una sonrisa forzada: obviamente no le gustaba que le sacaran fotos. Sí, eran muy parecidas.

Se la mostró a su padre.

—Mirá, me la mandó Granny. Es mamá a mi edad.

Él tomó la foto y la observó un rato.

—Cada día te parecés más. Vas a ser tan linda como ella.

Sonreía, pero era una sonrisa un poco triste. A veces lo deprimían los recuerdos.

Sol prefirió cambiar de tema.

—¿Qué se sabe del asesinato del fotógrafo?

—No mucho. Hoy van a estar los resultados de algunas pericias, de ahí puede salir algo interesante. Por supuesto, todo el mundo está buscando por el lado de los guardaespaldas de Tommy Fox, pero aún no hay nada. Él ni siquiera salió esa noche, así que no hubo motivo para enfrentarse con los fotógrafos. Pero supongo que ya leíste eso.

Sí, ella ya había leído esas notas que repetían una y otra vez las mismas palabras: fama, mito, descontrol, entorno, agresiones. Nada concreto por el momento, cierto, pero un área fértil para especular. Fox era un producto típico de la época: había surgido de un *reality show*. No cantaba muy bien pero tenía encanto, unos enormes ojos verdes y un aire entre ingenuo y sexy que impactaba en el público femenino, particularmente en la franja de doce a diecisiete años. Y con una buena banda, hasta se notaba poco lo mal que cantaba. Había firmado con una discográfica que en seis meses de

intensa campaña en medios y redes sociales lo había convertido en un fenómeno internacional, con clubes de fans en buena parte del mundo. Para Tommy, un chico de familia sencilla crecido en Texas que acababa de cumplir veintiún años, el vértigo del éxito no había sido fácil de manejar. Los medios decían que tomaba mucho (él lo negaba), que usaba drogas (él lo negaba), que le gustaba correr picadas en autos deportivos violando todas las normas de tránsito (él lo negaba) y que adoraba a sus fans. Esto no lo negaba, todo lo contrario: cada vez que pasaba junto a las masas de ululantes devotas se acercaba y les tocaba las manos a cuatro o cinco mientras gritaba emocionado: "*I love you, guys! I love you so much!!*". Siempre alguna se desmayaba.

Los que no se mostraban tan cariñosos eran sus guardaespaldas. Porque Tommy viajaba acompañado por dos patovicas que le abrían paso por el mundo. A él no le gustaba estar encerrado, se sabía, pero cada vez que quería salir, entre las masas de fans que se le echaban encima, los *paparazzi* que lo perseguían y sus irritables custodios, se producía algún incidente. Por eso los guardaespaldas estaban ahora en el foco de la atención.

A Sol el tema le fascinaba. Le hubiera gustado investigarlo por su cuenta, pero no era fácil. Pensó que quizá era hora de poner en marcha una idea que llevaba un tiempo masticando. Hasta tenía nombre: *Sol de noche*.

5.

A veces solo hay que esperar que el destino llame a tu puerta. O, en este caso, a la puerta de Sistemas. Sol estaba en su cubículo, intentando mantener los ojos abiertos frente a un soporífero trabajo de Geografía, cuando oyó dos golpes. No respondió: eso era lo que hacía habitualmente si estaba sola en la oficina. Consideraba que no la buscaban a ella. Tras esperar un momento prudencial, la persona entró.

—Buenas... ¿hay alguien?

Otra vez no respondió. A veces, al no ver a nadie se iban: tras el panel de madera, ella quedaba fuera de su alcance visual. Pero este avanzó unos pasos y se asomó a su área. Era Hernán Juárez.

—Hola, Sol, ¿no sabés por dónde anda la gente de acá?

Sonrió.

—No estoy segura... Deben estar arreglando alguna máquina. Ya van a venir.

En realidad, sabía perfectamente dónde estaban. Rolando había ido a comprarle comida a su madre,

que tenía ochenta y cinco años y mala salud. Ese trámite podía llevar al menos una hora. Ignacio había salido a fumar un cigarrillo y airearse un poco después de lidiar durante cincuenta minutos con una chica de la sección Política que juraba que su computadora se había devorado la mejor nota de su vida durante una baja de tensión. Era imposible saber cuándo iba a volver.

Juárez frunció el ceño.

—No puedo esperar... Mi máquina no enciende y necesito imprimir un archivo para una entrevista.

Ella estuvo a punto de decirle lo obvio: que las computadoras estaban en red y podía acceder a sus archivos desde cualquier otra. Pero se detuvo a tiempo: quizás esto le servía. Se levantó.

—Puedo tratar de ayudarte.

Por supuesto, el problema de la computadora era completamente trivial, un cable flojo. Pero Sol se tomó más tiempo del necesario, para que pareciera algo serio. Estaba en eso cuando apareció Homero Rossi, el loro sabio. Ocupaba la jefatura de Cultura y por eso consideraba que era su deber advertirle al resto del diario sobre sus errores y compartir sus amplios conocimientos. A ella le caía bien. Pero se daba cuenta de que la suya era una opinión más bien minoritaria.

—Quería comentarles —dijo Homero mirando al jefe de Policiales, Raúl Viñas—, que en la edición de hoy la palabra *paparazzi* salió escrita dos veces con una sola zeta. Uno pensaría que los correctores lo iban a notar, pero —hizo una mueca irónica—, qué raro, no lo vieron.

Viñas lo miró con ojos asesinos y forzó una sonrisa.

—Gracias, Homero, trataremos de evitar que vuelva a pasar.

—Y quizá también les interese saber cuál es el origen de la palabra.

Nadie respondió, pero eso no lo detuvo.

—Viene de la película *La dolce vita*, de Fellini, donde uno de los personajes es un fotógrafo llamado Paparazzo. Se supone que Fellini eligió el apellido por su similitud con la palabra del dialecto siciliano *papataceo*, un mosquito grande. La película se hizo tan famosa que luego el término pasó a definir ese tipo de fotógrafo.

Sol detuvo lo que estaba haciendo para escucharlo, pero no pareció que los demás estuvieran tan interesados. Viñas entrelazó sus manos, quizá para contener sus deseos de ahorcarlo, y consiguió volver a sonreír.

—Interesante, Homero, muy interesante.

Cuando se fue, todos pusieron los ojos en blanco y suspiraron. Sol decidió que ya era hora de encender la computadora de Juárez, que mostró un alivio totalmente desproporcionado a la situación. Una vez que tuvo las hojas impresas en mano se acercó a ella y nuevamente le puso una mano en el hombro, una costumbre que le estaba dando ganas de volver a sus tiempos de mordedora.

—Gracias —sonrió—. Ahora te debo dos.

—Sí —ella también sonrió—. ¿A quién vas a entrevistar?

—Al socio de Convertini. Compartían el estudio y tenían algunos clientes en común, así que sabe muy bien cómo trabajaba. Puede salir algo interesante.

—Seguro. Quiero ir con vos.

Juárez la miró extrañado y le sacó la mano del hombro.

—¿Qué? ¿Conmigo? ¿A la entrevista?

—Sí, a la entrevista.

—No sé, es raro... ¿cómo te presentaría?

—Podés decir que soy una pasante... Algo así. Al tipo no le va a importar.

Se lo notaba incómodo.

—¿Tu viejo estará de acuerdo?

— No es necesario contárselo.

Ahora se veía más incómodo.

—No sé, Sol... me ponés en un compromiso...

—Me debés dos, vos lo dijiste.

Resopló.

—Bueno. Esperame en la puerta. El taxi llega en diez minutos.

La primera media hora de la entrevista le resultó francamente aburrida. Marcelo Borda, el socio de Convertini, se la pasó alardeando sobre las imágenes exclusivas que habían conseguido a lo largo de sus carreras, los altísimos precios que cobraban y las revistas de todo el mundo que habían publicado sus fotos. Pero finalmente llegó a un punto interesante.

—Lo que no tiene sentido es que digan que Roberto se resistió a que le robaran la cámara. Nunca lo habría hecho.

—¿Por qué?

—Sabemos que es algo que puede pasar en esta profesión. Las cámaras están aseguradas, es absurdo arriesgar la vida para protegerlas.

—¿Y si quería proteger las últimas fotos que había tomado?

Fue lo primero que dijo después de que Juárez la presentara como "una estudiante que está haciendo

prácticas". Borda giró hacia ella. Parecía sorprendido de que fuera capaz de hablar.

—En la cámara que estaba usando Roberto las fotos se salvan automáticamente: las envía al celular por una conexión inalámbrica y luego suben a la nube. No hay posibilidad de perderlas.

—¿O sea que la policía las tiene?

Se encogió de hombros.

—Supongo que tienen el celular. A mí no me lo preguntaron.

—Y si no, podrán acceder a ellas a través del servicio que usaba.

—Sí. Necesitarían la clave, claro.

Al salir, tomó una tarjeta de la entrada donde figuraba la dirección de correo electrónico de Convertini. Y se fue muy satisfecha.

Porque había algo que no todo el mundo sabía de su amigo y maestro Ignacio: en su adolescencia había sido un *hacker*. A los diecisiete años había logrado meterse en el sistema de la Armada de los Estados Unidos, hazaña por la que un tiempo después tuvo que pagar un alto precio: un allanamiento en su casa, un ataque de histeria de sus padres, una multa bastante considerable y seis meses de trabajos comunitarios para evitar ir a la cárcel. Después optó por convertirse en técnico en computación. Pero no había perdido sus habilidades.

6.

Sabía que a su padre le preocupaba su inclinación al encierro, las largas horas que pasaba frente a la computadora o el placer que encontraba en escuchar una y otra vez las viejas anécdotas de los muertos de Frazoni. Con tal de no ver la inquietud en sus ojos o esas rayas que se le formaban en el entrecejo al mirarla, más de una vez Sol deseó encajar mejor en el rol de la adolescente clásica. O al menos en la imagen que él parecía tener de la adolescencia: eternas charlas con amigas, bailes los fines de semana, ojos muy maquillados y risitas histéricas cuando alguien hacía un chiste subido de tono. Pero, aunque lo hubiera intentado, esa no era ella. Y en verdad no estaba tan disconforme con quien era. Tenía pocos amigos –muy pocos–, las charlas de las chicas le daban sueño y no le gustaban los pibes de menos de veinte. Pero no se sentía mal. Y tenía algunos proyectos.

Llevaba un tiempo dándole vueltas a uno de ellos: un blog donde se discutieran las noticias policiales más interesantes. El nombre había surgido un día en que

encontró un viejo y polvoriento farol en el fondo de un armario.

—Eso es un sol de noche —le había explicado su padre—. Lo usábamos con tu mamá cuando íbamos de *camping*.

Le gustó como título para el blog. Ese *Sol de noche* contenía su nombre y echaba luz. Hasta había preparado un diseño y un logo. Lo que la había detenido de avanzar con la idea hasta este momento no era un detalle menor: no sabía cómo lograr que la gente lo leyera y comentara. Pero ahora tenía lo que necesitaba. Se lo debía a Ignacio, claro. Con la dirección de correo de Convertini no le había resultado muy difícil *hackear* su cuenta en la nube. Había apuntado primero al servicio que usaban casi todos los fotógrafos y había acertado. Ella sabía que no era muy ético. Se dijo que no iba a usar ninguna foto personal. Y sí, igual no era ético, pero estaba decidida a echar una mirada sobre esas fotos.

Con Ignacio se juraron que eso sería un secreto entre los dos, sobre el que jamás dirían una palabra. Sol podía estar tranquila: él era una tumba. Rara vez hablaba de algo que no tuviera que ver con la tecnología. En verdad, rara vez hablaba.

Quizás era que sus expectativas habían sido demasiado grandes, pero cuando finalmente las tuvo frente a ella, las fotos le parecieron poca cosa. Durante el día, Convertini había sacado unas cuantas de las fans de Tommy Fox y de la gente que pasaba por ahí. Parecía, incluso, que estaba aburrido y le había apuntado a todo aquel que andaba cerca: un vendedor de helados, otro de banderines, una madre con su bebé, un gordo

con gorro de River, un policía... Pero una vez caída la noche, solo había cinco fotos. En la primera se veía, a través del vidrio, a una persona dentro del hotel, mirando hacia la calle. La distancia y el reflejo hacían imposible identificar la cara, aunque parecía ser una mujer. Al menos tenía el pelo largo. En la siguiente foto, tomada segundos después, esta persona empujaba la puerta para salir. En la tercera, un camión de basura se había detenido en el frente y obstruía la visión. En la cuarta, el camión ya había cargado bolsas y avanzaba con los trabajadores subidos en el estribo. Atrás se veía la trompa de un auto azul. Finalmente, en la última, el auto azul partía y había una figura movida en el fondo, con abrigo negro, imposible de identificar. Nada de esto le pareció a Sol interesante, menos aún motivo para un asesinato. ¿Pero quién era ella para decidir si tenían o no valor? Eran, no había duda, las últimas fotos de la vida de Convertini, y eso las transformaba en un documento único.

Esa tarde escribió su primer texto periodístico. Hablaba del asesinato del fotógrafo, de las circunstancias en que había aparecido el cuerpo, de las especulaciones sobre los posibles motivos. Luego presentaba las cinco últimas fotos. Releyó y corrigió hasta que se sintió satisfecha. No podía evitar pensar a cada momento qué diría su padre de ese artículo. Pero no se lo iba a mostrar. La irritó darse cuenta de que el secreto le generaba un cierto malestar. Como todo el mundo decía, habían sido siempre muy unidos. Quizá demasiado.

Había pensado dejarlo sin firma, pero al final decidió crear una falsa identidad. La nota la firmaba Julián

Monterreyes. Le pareció que de ese modo alejaba la posibilidad de que alguien pudiera ligarla con ella. No era solo que quería mantener este experimento en secreto por un tiempo sino que, sobre todo, ansiaba provocar algún revuelo. Y sabía perfectamente bien que nadie iba a tomar en serio el blog de una adolescente.

Luego escribió el texto de un mail que iba a mandar, desde una dirección de correo creada con ese propósito, a diferentes periodistas de policiales cuyos nombres había juntado en días previos.

"Un nuevo blog sacude el mundo periodístico: *Sol de noche*. En su primera entrada, y en exclusiva, las últimas fotos que tomó Roberto Convertini antes de morir". Le parecía imposible que quienes recibieran ese texto no clickearan sobre el enlace proporcionado. Lo que harían después aún era un misterio. Lo mandó y apagó la computadora.

Antes de salir pasó por Diagramación. Quería contarle a Tatú que finalmente había puesto en marcha el blog. Era el único que conocía el proyecto desde el comienzo y la había ayudado con algunas ideas de diseño. Lo encontró concentrado en su pantalla, diagramando una página.

—*Sol de noche* está *online* —le susurró al oído.

Tatú levantó la cabeza y sonrió.

—Felicitaciones. Termino esta página y lo miro. ¿Te quedás un rato?

—No, tengo que ir a comprar algo.

—Tenía esto para vos. —Sacó de su bolsillo un paquete de caramelos—. Son de eucalipto. ¿Te gusta?

—Mis favoritos —dijo Sol y se los guardó en la mochila.

Mientras salía se preguntó por qué había mentido: el eucalipto le gustaba bastante poco.

Caminó hasta Corrientes a paso rápido. Tenía que llegar a tiempo a una librería para comprar el regalo de cumpleaños de su padre: una novela que llevaba un tiempo queriendo leer. Y, como siempre, una birome. La novela la consiguió enseguida, la birome le dio más trabajo. Esta vez quería un modelo bueno y miró varias hasta que se decidió por una roller plateada de cuerpo metálico con detalles en azul. Llevaba años regalándole biromes, desde que supo que eso hacía su madre. Entre ellos, el asunto se había convertido en una broma permanente.

Siempre le había parecido bastante romántica la historia de sus viejos. Empezaba en Londres, con el flechazo en la conferencia de prensa y seguía en la cena, tras la cual no se separaron durante seis días en los que él descuidó su trabajo y estuvieron a punto de echarlo. Al fin se tuvo que volver, pero prometieron encontrarse otra vez. Cuatro meses más tarde Diego la convenció de tomar sus vacaciones en la Argentina. A Sol le habían contado que, no bien llegó, ella se enamoró de Buenos Aires y de la gente (se suponía que del padre ya estaba enamorada). Estiró su estadía una semana más de lo previsto pero nuevamente llegó la hora de las lágrimas en el aeropuerto. A eso siguieron ocho meses de frecuentes llamados y carísimas cuentas telefónicas hasta que él le mandó una carta que ella conservó el resto de su vida. Ahí le planteaba cuatro asuntos que,

decía, debían resolverse con extrema urgencia. Primero: tras achicar al máximo sus gastos había conseguido ahorrar lo suficiente para un pasaje Londres-Buenos Aires, que ponía a su disposición de inmediato. Era solo ida. Segundo: un amigo que tenía un puesto importante en un semanario le había informado que estaban buscando un fotógrafo y su currículum les había parecido muy interesante. Podían esperarla un mes, no más. Tercero: Diego había vaciado la mitad del armario de su habitación. Cuarto: en Buenos Aires había una súbita falta de biromes y él tenía que cubrir varias conferencias de prensa. ¿Podría traerle alguna con suma urgencia?

Ella contestó de inmediato. Dijo que estaba considerando seriamente los puntos uno y dos, aunque aún no prometía nada. Sobre el tercero, ponía en duda que le alcanzara la mitad del armario. Pero sobre el cuarto era contundente: enviaría la birome a la brevedad.

Diez días más tarde, él estaba desayunando en su casa cuando sonó el timbre.

—¿Quién es? —preguntó.

Una voz femenina respondió, en un confuso castellano:

—Envío internacional para el señor Diego Linares.

Abrió y ahí estaba ella. Tenía ropa de invierno en pleno verano, tres valijas grandes y una birome en la mano.

Desde entonces, el regalo fue infaltable. Sol siguió la tradición, siempre le había parecido una buena idea. Aunque ahora estaba empezando a pensar que quizá debía dejar de comprar biromes.

7.

Se moría por conocer el impacto que habían tenido las fotos de su blog en el diario, pero sabía que tenía que soportar la impaciencia hasta el día siguiente: no podía preguntarle a su padre ni ir a husmear a Policiales, porque eso la habría puesto en evidencia. La ansiedad, sin embargo, no la dejó esperar de brazos cruzados. O quizás era que la sangre periodística de la que solía hablar su viejo ahora le corría por las venas. (Según él, el problema con la mayoría de los periodistas era que esa sangre se les secaba en forma prematura). Como fuera, esa noche decidió hacer una entrevista telefónica. Había estado leyendo informes y mirando los canales de noticias toda la tarde y lo más interesante habían sido unas breves declaraciones de un fotógrafo llamado Fito Galíndez sobre los posibles enemigos de Convertini.

Galíndez era un rubio platinado con anteojos de armazón rojo y un irritante aire de estrella. No fue difícil conseguir su teléfono.

—*¿Sol de noche*? ¿Qué es eso? —preguntó cuando ella se presentó.

—El blog que hoy sacó en exclusiva las fotos de Convertini. ¿No las vio?

Evidentemente lo desconcertó. Hubo un silencio en la línea y Sol pensó que quizá estaba tecleando a toda velocidad en una computadora para verlas.

—Ah, sí, sí... —dijo—, claro. ¿Y en qué te puedo ayudar?

Ella decidió aplicar una regla que le había enseñado Frazoni –"al noventa por ciento de la gente le encanta hablar de sí misma y conviene dejar que lo haga"– para aflojar el clima antes de empezar con las preguntas que realmente le interesaban.

—Hoy los *paparazzi* están en la boca de todo el mundo. Y cómo los atacan... Supongo que no debe ser fácil soportar semejantes odios.

Galíndez se rio.

—Bueno, nos odian, nos aman, nos necesitan. De todo un poco.

—Por lo que se escucha, no parece que los amen demasiado.

—Es que los que suelen hablar más son los que nos odian. Pero así son los famosos: a veces nos quieren matar, otras veces nos buscan. Viven de su imagen y si no aparecen durante un tiempo en los medios se marchitan. ¿O te creés que hacemos todas las fotos por asalto? Muchas están arregladas.

—¿Arregladas?

—Claro, "afanos pactados" los llamamos. Es que ellos quieren promoción. Entonces nos avisan y los "encontramos" a la salida de un restaurante con la nueva pareja o el flamante bebé. Simulan sorprenderse, disparamos. Tapa de un semanario. Un mes después quizá le sacás una foto a ese mismo tipo en una

situación que no le gusta y se pone loco. Son las reglas del juego.

—Usted hizo la de Maradona tirando un ladrillo, ¿no?

—Sí —carraspeó con evidente satisfacción—, esa es mi foto más conocida.

—¿Le pegó el ladrillo?

Volvió a reírse.

—No, pero casi, pasó rozando. Y saqué la foto justo a tiempo.

—¿Y Convertini cómo trabajaba? ¿Él iba siempre por sorpresa o arreglaba?

—Todos arreglamos en algunos casos, en otros los cazamos. A Roberto le gustaba mucho la adrenalina de la caza. Una vez se pasó medio día subido a un árbol y consiguió sacar a Susana tomando sol en *topless*. Era paciente y eso le permitió hacer fotos únicas. Pero también se metía en problemas bastante a menudo. Un carácter difícil.

—¿En qué sentido?

—Se iba a las manos con facilidad. En esta profesión hay que saber borrarse cuando las cosas se ponen complicadas. Él se enfrentaba.

—¿Algún caso reciente que se acuerde? ¿Alguno que le haya hecho ganar enemigos?

—El del ruso. ¿O era ucraniano? El novio de una vedette, Wendy Torres, que lo agarró a trompadas cuando les sacó una foto. Y después estuvo la historia con el sicario.

—¿El qué?

—El sicario, seguramente la oíste. Un supuesto asesino profesional. Eso fue hace un par de meses: un canal de televisión anunció que iba a hacer en vivo una

entrevista con un sicario colombiano que trabajaba en el país. Lo sacaron con la cara en sombras, para que fuese irreconocible. El tipo contó al aire que tomaba "encargos" para liquidar gente, que se movía en moto con un cómplice, que cobraba según el cliente... Un fiscal que estaba viendo el programa decidió actuar y lo esperó a la salida del canal con la policía. A Roberto le soplaron el dato y también él estaba esperando, escondido en su auto. Sacó la foto antes de que nadie se diera cuenta. El tipo se puso como loco.

—¿Era realmente un asesino profesional?

—¿La verdad?, no creo. Ni tenía antecedentes. Ante la Justicia declaró que el canal le había pagado por la nota y que contó puras mentiras, lo que ellos querían oír. Aunque quién sabe, ¿no? Si era un asesino, obviamente no se lo iba a decir a un juez. Después Roberto recibió amenazas, pero igual trató de vender la foto. No lo consiguió porque a esa altura todo el asunto se había convertido en un bochorno y nadie se creía que el tipo fuese de verdad un sicario.

—¿O sea que la foto no salió?

—No, nunca salió. Roberto la tenía guardada.

—¿Y cómo lo amenazaron?

—Le dejaron algo grabado en el contestador. Que le iban a cortar las manos, una cosa así.

—¿Lo denunció?

—No, no creo que le haya dado importancia. Es algo habitual para nosotros.

—Una profesión riesgosa.

—Bastante, bastante.

Galíndez rio por lo bajo. A Sol casi le parecía estar viendo cómo echaba hacia atrás su jopo platinado y se acomodaba los anteojos rojos.

8.

Diego levantó la cabeza de los papeles que leía y frunció el ceño al oír la pregunta.

—¿Qué?

Sol la repitió.

—¿A mamá le hubiese gustado que yo fuese periodista?

Aunque en cierta forma Anne estaba siempre presente, no solían hablar mucho de ella. Tenían, sí, su foto en la biblioteca de la entrada, junto al lugar donde Sol acostumbraba dejar sus llaves. La foto del vestido azul con flores. A veces ella la saludaba en silencio, para sí misma, al entrar o salir. *Hola, ma. Chau, ma.* Y Diego cada tanto repetía las viejas anécdotas o hacía comentarios triviales, *a ella le encantaba esta canción de los Beatles, tu madre moría por un buen asado, los scons le salían increíbles*. Pero era quizás un cuidado del otro, un temor a agitar sentimientos dormidos, lo que hacía que habitualmente ninguno de los dos pasara de esos intercambios superficiales cuando hablaba de ella.

—¿Qué, es una decisión tomada?

—Ya te lo dije. Me voy a anotar en Comunicación el año que viene. Estoy en quinto, no sé si te acordás.

—Claro que me acuerdo. Pero tenés tiempo, lo podés pensar un poco más.

—No necesito pensarlo. Ya lo sé. Y no me contestaste: ¿a mamá le hubiese gustado?

—No sé. En principio diría que sí, era su mundo, finalmente. Pero supongo que también le hubiese inquietado un poco. Es difícil de decir... Si ella hubiese sobrevivido...

Dejó la frase en el aire. Aparentemente se había arrepentido de tomar ese camino y optó por un viraje.

—Igual, aunque te anotes en Comunicación, después podés cambiarte.

—No me voy a cambiar. A veces me pregunto cómo hubiera sido todo si ella no hubiera muerto.

—¿Mmm? —Otra vez, el ceño fruncido—. ¿En qué sentido?

—No sé, cómo sería yo. Si ahora querría ser periodista. Cómo habría sido la vida para nosotros.

—Diferente, eso seguro.

La tristeza le opacaba la voz. Ahora fue ella la que se arrepintió y cambió el rumbo.

—El año que viene —dijo—, cuando empiece la facultad, me gustaría ser pasante en el diario.

—¿Pasante? No, Sol, sos muy chica.

—¿Por qué no? Los pasantes son todos estudiantes.

—Pero están al menos en tercero o cuarto año de la carrera. Tienen más de veintidós o veintitrés.

—Hay uno en Espectáculos que tiene veintiuno.

—Igual te falta. Y sabés como es eso: el pasante es el último de la cadena. Tiene que hacer lo que quiere el jefe, aunque sea el café.

—Estoy dispuesta. Me gustaría que fuera en Policiales.

—No estoy diciendo que sí, Sol, estoy diciendo que no. No por ahora. Te falta recorrer mucho camino. —Sonrió y le pellizcó la nariz—. Todavía tenés que tomar mucha sopa antes de ser periodista.

A ella le hubiera gustado decirle que ya lo era, que no necesitaba la sopa, que el camino lo estaba recorriendo en ese mismo momento sin que él se diera cuenta. Pero se quedó callada.

9.

Las fotos fueron reproducidas en varios blogs y sitios web. *Hora Cero* les dedicó un buen espacio en la edición impresa del otro día: en la nota se aclaraba que habían sido tomadas del blog *Sol de noche* y que el diario consideraba, tras consultas con diversos profesionales, que eran verdaderas. Esa mañana el sitio tuvo cuatrocientos ochenta visitantes. A Sol la efervescencia del éxito le duró un par de horas. Subió su entrevista con el fotógrafo y luego pasó un largo rato intentando inútilmente escribir algo bueno para aprovechar la oportunidad.

Todo eso quedó en la nada, porque esa tarde estalló una noticia que hizo que las fotos pasaran inmediatamente al olvido. El primer indicio fue que los organizadores de los recitales de Tommy Fox anunciaron que se cancelaban las funciones de esa noche y la siguiente, por cuestiones de salud del artista. El dinero de las entradas sería devuelto. Fox no se había mostrado públicamente después del asesinato de Convertini, pero eso había sido interpretado como una muestra de

delicadeza ante la tragedia. Ahora, en cambio, todo parecía ponerse en duda.

De inmediato el número de fans que se agolpaban cotidianamente frente al hotel se multiplicó y abundaron las escenas dramáticas: chicas llorando desesperadas porque no podían ver a su ídolo, carteles del tipo "Te amamos-te esperamos-te apoyamos", agitados al viento, descomposturas, desmayos. Las versiones sobre el problema de salud iban desde una intoxicación alcohólica hasta una terrible enfermedad descubierta en medio de la gira. Pero la verdad no pudo ocultarse y terminó filtrándose horas más tarde. Fue primicia de un canal de televisión que puso una placa roja y anunció: TOMMY FOX ESTÁ DESAPARECIDO.

Parecía increíble y, sin embargo, Tommy Fox estaba desaparecido.

En las siguientes horas fueron conociéndose los detalles. Todo había sucedido la misma noche del asesinato del fotógrafo. Según los guardaespaldas, que fueron interrogados por la policía, tras cenar en la *suite* de Tommy, la banda había recibido a cuatro fans para charlar y tomar tragos. Resultó que el club de fans tenía una habitación contratada en el mismo hotel, donde se alojaban dos de ellas, y varias más accedían como visitas. Los guardaespaldas dijeron que cuando se retiraron a descansar la reunión seguía y que nadie tenía previsto salir del hotel. Los otros músicos, cuyas declaraciones trascendieron a lo largo del día, avalaron esa versión. Contaron que habían estado con las chicas unas dos horas y que luego cada uno se había retirado

a dormir a su habitación: tenían que descansar para el ensayo de la mañana siguiente. Tommy quedó solo. Y en algún momento de la noche, se hizo humo. Cuando a las siete de la mañana uno de sus guardaespaldas golpeó varias veces a la puerta y, tras la falta de respuesta se decidió a entrar, la habitación estaba vacía.

Un canal de televisión le puso un apodo que prendió enseguida: el rey del escape. Porque el asunto tenía su costado gracioso: ¿cómo era posible que una persona con custodia permanente, asediada día y noche por fans y fotógrafos, pudiera desaparecer sin que nadie la viera?

Harta ya de escuchar una y otra vez la misma información, esa tarde Sol decidió poner en práctica una idea que la iba a convertir, al menos por un rato, en alguien que no tenía absolutamente nada que ver con ella: en una fan de Tommy Fox. O, como esas chicas se llamaban a sí mismas –una palabra que le daba náuseas–, una *foxgirl*.

Pasó por su casa a cambiarse y dedicó media hora a leer información sobre el músico y su banda. En Wikipedia decía que su video "Baby, oh, baby" se había convertido en el más reproducido del mundo en YouTube al sobrepasar a uno de Lady Gaga. Que tenía cuarenta y ocho millones de seguidores en Twitter. Que algunas fans le habían hecho santuarios y que besaban su foto cada noche. Que había himnos en su honor. "Ay, Dios", pensó.

Luego caminó las cuatro cuadras que la separaban del Hotel Continental. En el camino encontró a uno de los tantos vendedores callejeros que estaban aprovechando el aluvión y se detuvo a mirar los productos exhibidos

en su manta. Eligió un horrible pañuelo con la cara de Tommy estampada entre corazones y se lo puso a modo de vincha. Rogó no encontrarse con ningún conocido.

¿Por qué alguien iría a pararse horas frente a un hotel para aclamar a una persona que no está allí? La lógica de las fans se le escapaba, pero la multitud no había hecho más que crecer en las últimas horas. Circuló un rato entre esas chicas exaltadas y llorosas hasta que vio a una que estaba vendiendo unas pulseras rojas de goma. Llevaba una banda en el brazo que decía "Club de fans OFICIAL".

—¿Cuánto salen las pulseras? —le preguntó.

—Diez pesos. Las ganancias van a servir para organizar actos en los que vamos a reclamar la aparición de Tommy. Son como las que usamos en su cumpleaños solo que rojas en lugar de azules. No sé si sabés que él es diabético.

No sabía. Pero asintió.

—Claro.

—Por eso cada 6 de marzo, el día de su cumpleaños, usamos las pulseras azules para crear conciencia sobre la enfermedad. Y ese día no tomamos azúcar.

Sol la miró unos segundos para ver si era una broma, pero no. Lo decía en serio.

—¿Y ahora qué piensan hacer?

—Estamos planificando varias cosas, pero no puedo adelantar nada. Por supuesto la Fox Fest se cancela por el momento.

Levantó las cejas.

—¿La qué?

Su ignorancia pareció apabullar a la chica.

—La fiesta en la calle. Bueno, ¿llevás la pulsera?

—Sí —Sol sacó el dinero y se lo entregó—. Me interesa formar parte del club. ¿Cómo se hace?

—Hay una cuota anual de ochenta pesos. Porque este es el club oficial, el único reconocido por la discográfica. Acá tenés la dirección de la página donde podés bajar el formulario de inscripción. Si te aceptan, podés ir a la reunión de mañana.

Tomó el folleto que le ofrecía y prometió inscribirse ese mismo día. Odiaba usar así la plata, pero no veía otro camino.

Cuando llegó al diario la noticia había saltado a la tapa y todo el mundo hablaba del asunto. Ahora ya no era solo tema de Policiales, sino que también involucraba a otras secciones: Información General y Espectáculos, por lo que los editores se estaban peleando por quién tenía el control del asunto. Sol se acercó a Juárez, que miraba televisión en una de las pantallas de la redacción. Estaba de notorio malhumor, porque le habían dado la nota principal a una chica de Información General y él solo tenía un recuadro en la página 4 y un resumen para la edición digital.

—¿Qué se sabe? —le preguntó.

—Hay tres versiones. La primera, que se murió por una sobredosis y aún no se atreven a informarlo. La segunda, un secuestro extorsivo. La tercera, que Fox está escondido y todo esto es un montaje publicitario, para vender más entradas y discos. Yo me inclino por esa.

Dejaron de hablar porque en ese momento la televisión anunciaba un "Último momento". La imagen mostraba a una pareja mayor cuando llegaba a su casa, un chalet de tejas rojas y jardín cuidado, y eran abordados por un grupo de exaltados periodistas. La placa decía: "Austin, Texas: Los padres de Fox se niegan a hablar". Ambos se veían agotados, frágiles, temerosos. La mujer llevaba un conjunto de pollera y chaqueta color amarillo y aferraba con fuerza las correas de una pequeña cartera negra. Su marido, con un traje azul arrugado, movía las manos en un vano intento por abrirse paso entre los periodistas que insistían en preguntarles dónde estaba su hijo.

—*We don't know, sorry* —repetía, una y otra vez, disculpándose con un gesto triste.

A Sol le dieron pena. Por ellos, deseó que Tommy Fox estuviera vivo.

10.

Le dio el libro a su padre durante el desayuno y, por supuesto, le gustó. Era obvio: había dicho cuatro veces en el último mes que tenía ganas de leerlo, la típica forma en que la ayudaba a elegir sus regalos. La birome le provocó uno de esos momentos emocionales que a ella le resultaban muy incómodos. La abrazó, dijo que la quería mucho y que su madre estaría muy orgullosa de ella. Los ojos se le habían humedecido y Sol pensó que definitivamente tenía que dejar de comprar biromes.

Algunas veces tenía ganas de que su padre tuviera una novia o algo parecido. Otras veces no. Sabía que sería difícil soportar que una extraña se metiese en su casa. Pero también sabía que él necesitaba distraerse un poco y entusiasmarse con otra persona. Aunque ella no quería una madre sustituta. Para nada.

Lo más parecido que había tenido a una madre tras la muerte de la suya era Felisa. Y probablemente ella era lo más cercano que Felisa tuvo a una hija, de modo que el asunto parecía ser conveniente para las

dos. Empezó cuando Sol era chica y corría como bola sin manija por el diario. En algún momento paraba y Felisa estaba ahí para ofrecerle leche y galletitas o acompañarla al baño.

Felisa trabajaba en el diario desde que el diario existía, de modo que era algo así como una de sus columnas centrales. Nadie se imaginaba el diario sin ella. Era la asistente personal de los directivos, que le tenían mucha confianza, y eso le daba un cierto poder. De chica Sol buscaba protección en ella más que en su padre, que solía estar metido en alguna reunión. Porque a veces se sentía cohibida: la realidad era que su presencia constante en la redacción no era exactamente un motivo de felicidad para todo el mundo. Polini, por ejemplo, que era el secretario de redacción y el tipo más detestado del diario, la miraba con evidente fastidio. Y era la mano de Felisa en su hombro o su voluminoso cuerpo, tras el cual podía esconderse, lo que la hacían sentir segura y en casa.

Probablemente podía decirse que eran una especie de familia: Diego, Felisa y ella. Por lo menos cenaban todas las noches juntos. Esas cenas habían empezado cuando Sol tenía once o doce años. Antes, su padre la llevaba a la casa cuando caía la noche. Ella tenía que correr para ponerse al ritmo de sus zancadas a lo largo de las cuadras que separaban el diario de su departamento, mientras él hablaba a los gritos por el celular, sin darse cuenta de que caminaba cada vez más rápido. Era un horario difícil: coincidía con el cierre de la edición, había muchas cosas que decidir. En la casa comían rápido y él se volvía al diario tras dejarla acostada y cuidada por una vecina que había contratado con ese fin.

Diego siempre se había tomado muy en serio lo de ser su padre. O sea, el padre de una chica sin madre. Le gustaba que le contara qué hacía cada día, que compartieran las comidas, que hablaran de cosas importantes. Por eso, cuando ella sugirió que dejaran esas cenas que para él eran un poco indigestas, se negó. Decidieron entonces que serían en el diario, así él no corría de un lado al otro. Luego siempre había alguien que la podía acompañar a casa.

Las primeras tres noches él encargó pizza. La cuarta se encontró con la mirada censora de Felisa, que le dijo que esa no era una dieta apropiada para una chica. Y se ofreció a averiguar qué restaurante podía mandarles una comida más sana. A Diego le pareció que lo menos que podía hacer era invitarla a acompañarlos.

Desde ese día, el rito se mantenía. A las nueve, los tres se reunían en la oficina de Diego. Felisa había conseguido una mesita para que no ensuciaran el escritorio y a veces hasta le ponía mantel. Se sentaban a saborear lo que había elegido esa noche y conversaban. El día del cumpleaños de Diego el tema inevitable fue la desaparición de Tommy Fox. Sol comentó que en su escuela había varias fans descerebradas que no hacían más que lloriquear y que hablaban de Fox como si realmente fuera un amigo de ellas, lo que resultaba patético. La conversación derivó en el asunto de los amigos. Mal tema.

—¿Tenés pocos amigos en la escuela, no? —preguntó Felisa.

Ella se limitó a encogerse de hombros y siguió comiendo. Prefería esquivar la cuestión de los amigos, de

su supuesta tendencia a la soledad o del escaso interés que le despertaba la gente de su misma edad.

—Sol no tiene amigos —dijo Diego.

—No es cierto —protestó ella—. Tengo algunos amigos, pero no en la escuela.

—¿Sí? ¿Y quiénes son?

—Frazoni es mi amigo. También Ignacio. Y Tatú. Feli es mi amiga.

Felisa la miró con dulzura y pasó una mano por su pelo.

—Más bien me gusta pensarme como una tía. O una abuela, considerando mi edad.

—Exacto, Felisa es de la familia —dijo Diego—. Y los otros... un periodista amargado de sesenta años, un loco de las computadoras que no habla y un diagramador... raro. ¿No te parece que tendrías que tener amigos de tu edad? Los amigos son fundamentales en la adolescencia.

—Tatú no es raro. Y solo me lleva cinco años. Además, el asunto de la amistad adolescente está sobrevaluado.

Viendo que las cosas venían difíciles, Felisa decidió que ese era el momento del postre. Se habían complotado para comprar y esconder una torta de chocolate, que llevó a la mesa con una velita encendida.

Le cantaron el feliz cumpleaños a Diego, que pidió tres deseos y sopló la vela. Para alivio de Sol, no volvió a emocionarse.

11.

Al día siguiente los medios solo hablaban de Tommy Fox y el fotógrafo muerto. Su padre había salido temprano y, sin nadie que la presionara, Sol se quedó leyendo una nota demasiado tiempo. Cuando miró la hora se dio cuenta de que aunque corriera ya iba a tener media falta. Y entre media y una entera... Dudó. Había prueba de Historia, pero siempre podía presentar un certificado de que había estado con fiebre y se la tomaban otro día. Su vecino del cuarto, que acababa de recibirse de médico, seguro se lo hacía. Levantó el teléfono para avisarle a su padre y lo volvió a dejar: mejor le decía que se había quedado dormida y listo. Pero seguía dudando.

Al final ya era tan tarde que la duda dejó de tener sentido. Y cuando se sentó con su café con leche y esa gloriosa mañana libre por delante se sintió inundada por una alegría inesperada. Aunque evitaba reconocerlo cuando discutía con su padre, no lo pasaba nada bien en la escuela. Estaba ansiosa por terminarla de una vez y empezar la facultad. El problema estaba en la

gente que era... no sabía bien qué, pero no le interesaba. Y parecía evidente que Sol tampoco les interesaba a ellos. Era como si caminaran por diferentes galaxias. A algunos ni siquiera los registraba del todo. Una vez se había cruzado a una de las chicas en la calle y no la saludó porque no estaba segura de quién era. Ese episodio le había hecho fama de antipática y aumentado su aislamiento.

Pero todo eso desapareció de su cabeza esa mañana. Tras una primera lectura de los artículos concluyó que todo lo publicado era el producto de declaraciones de uno de los investigadores policiales y del fiscal que intervenía en la causa. O de "fuentes cercanas a la investigación", como llamaban los diarios a los informantes que solo aceptaban hablar *off the record*. Que, en este caso, probablemente eran el mismo policía y el mismo fiscal cuando querían decir algo sin dar el nombre.

Luego hizo un resumen de las principales conclusiones para ordenar sus ideas. Mientras lo escribía pensó que quizás era un enfoque un poco escolar del asunto. Como si se lo hubiera encargado una profesora: *chicos, extraigan las ideas centrales del texto*. Pero no le importó. Por ahora era lo que servía para saber hacia dónde ir. Hasta subrayó los títulos.

Los casos: *El asesinato de Convertini y la desaparición de Tommy Fox están siendo investigados por dos equipos en permanente conexión, pero hasta el momento no hay ningún indicio firme que los una.*

Sospechosos: *Convertini fue asesinado con una bala calibre .38. En el auto no había otras huellas*

que las del propio fotógrafo. Si bien existen cientos de afectados por sus fotos que podrían haber tenido un motivo para matarlo, no hay pruebas de que ninguno haya estado cerca.

Versiones: *Los rumores apuntan hacia "el sicario", sobre todo después de que un huésped del hotel mencionó que al llegar, de madrugada, una moto con dos hombres lo sobresaltó al pasar a su lado a toda velocidad. Lo que se sabe de ese tipo es poco: se llama Oscar Manuel Vásquez y llegó de Colombia hace seis meses. El canal que lo entrevistó explicó que accedieron a él a través de un ex preso, que les aseguró que Vásquez trabajaba de asesino a sueldo. Juraron que no le habían pagado. Pero en la fiscalía donde fue interrogado dicen algo muy distinto: que el tipo era un desempleado sin antecedentes criminales en el país y que inventó una buena historia para hacerse de unos pesos en la televisión. Después nadie lo encontró: tras ser liberado, la misma noche de la entrevista televisiva, dejó la pensión donde vivía.*

¿Secuestro?: *Tommy Fox lleva cuatro días desaparecido y hasta el momento no se recibió ningún pedido de rescate, aunque aún no descartan un secuestro extorsivo.*

La banda: *Tommy pasó su última noche en el hotel con el resto de su banda y algunos miembros de la producción. También recibió a cuatro integrantes de su club de fans. Todos contaron que lo encontraron en buen estado de ánimo, que comió, tomó unas cuantas copas y después dijo que quería irse a dormir para estar bien el día siguiente. Pero el baterista contó que el día anterior Tommy le había*

confesado que la gira, que ya llevaba quince días, lo había agotado y que le costaba soportar el encierro permanente en hoteles de lujo.

Demora: La denuncia por su desaparición recién fue presentada por su mánager un día después de que advirtieran su ausencia. Esto supuestamente se debe a que ya otras veces Tommy tuvo momentos difíciles en las giras en los que eligió aislarse en lugares desconocidos y no querían generar alarma en vano. Pero no explica cómo consiguió salir.

Enigma: El hotel fue revisado a fondo, habitación por habitación. No encontraron nada que ayude a entender la desaparición. Ni sus amigos ni el personal lo vieron salir esa noche. Ninguna de las cámaras que filman los accesos lo captó. Ese es el verdadero misterio.

Esa tarde Sol tuvo su primera reunión de *foxgirls*. Horas antes había pagado los ochenta pesos y completado los trámites de inscripción al club de fans, tras lo cual había recibido un mensaje citándola para el encuentro, que tendría lugar en un gimnasio en desuso cedido por un colegio.

Fue una de las últimas en llegar. Ya había entonces unas ochenta o noventa chicas y apenas entró tuvo ganas de escapar. El ruido era ensordecedor: todas parecían estar hablando al mismo tiempo. Se apuró a acomodarse en el fondo en el momento en que una morocha alta parada en el frente tomaba el micrófono y pedía silencio. Junto a ella había otras dos chicas sentadas en sillas blancas de plástico, con pose rígida y cara de velorio.

—Vamos a empezar con la reunión. Primero quiero dar la bienvenida a algunas compañeras nuevas que se unieron en estos días. Para las que no me conocen soy Ariana, secretaria del club. Hoy voy a conducir la reunión, porque como cualquiera puede imaginar —miró brevemente a sus dos compañeras— Dani y Marcela están pasando un momento difícil.

Hubo un murmullo general de asentimiento.

—¿Quiénes son? —le preguntó Sol en voz baja a la rubia que tenía al lado, que se había corrido para hacerle lugar.

—Daniela, la de pelo castaño, es la presidenta del club —susurró—. Marcela es la vicepresidenta. Las dos tuvieron que ir a declarar a la policía.

—Son las que estaban en el hotel —dedujo Sol—. ¿Y quién más estaba?

La chica sonrió tímidamente.

—Tres o cuatro chicas más. Yo también estuve. Pero me quedé en la habitación, no pude entrar en la *suite* de Tommy. Soy la encargada de Comunicaciones: Lili.

—Yo soy Sol —respondió ella y también sonrió mientras pensaba que acababa de tener un golpe de suerte.

La reunión, según pudo constatar mientras los minutos pasaban horriblemente lentos, consistía en buena parte en una descarga colectiva de tristeza y frustración por la desaparición del ídolo y la suspensión de los recitales. La mente de Sol empezó a flotar lejos de allí. Pensó en Tatú, en los caramelos de eucalipto que aún tenía en la mochila, en la sombra de barba que él llevaba en los últimos días. Unos aplausos la sobresaltaron y se dio cuenta de que había perdido el hilo del asunto. Intentó volver a concentrarse: ahora

una voz temblorosa hablaba de algo llamado *meet and greet* y de un sueño destrozado.

—¿Qué es el *meet and greet*? —le preguntó a la rubia.

—Es una entrada especial que te permite pasar unos minutos con los chicos de la banda en los camarines, sacarte una *selfie* con ellos, conseguir autógrafos... Salen como cuatrocientos dólares y se agotan enseguida.

Cuatrocientos dólares. Todos los comentarios que se le ocurrían le parecieron inadecuados.

—No se olviden —estaba diciendo Ariana cuando volvió a prestarle atención— de todo lo que nosotras hicimos. ¡En solo una semana conseguimos los diez mil *likes*!

Todas aplaudieron. Sol seguía en la niebla.

—¿Diez mil *likes*? ¿Y por qué eso es importante?

—Era lo que pedía la discográfica para traerlo a Tommy: diez mil "me gusta" en Facebook. Hicimos que la página argentina de Tommy fuese una de las más populares del mundo. Y cuando salió el último disco... —sonrió—. Pero seguro que todo eso ya lo sabés.

—No, no, decime.

—Cuando salió "Don't leave me", gracias al empuje que le dimos las fans se convirtió en disco de platino en solo dos días.

Sol asintió. Ni siquiera sabía lo que era un disco de platino.

—La discográfica debe estar muy contenta —sonrió—. ¿Y qué otras cosas hacen para ellos?

—Pedimos canciones en las radios, por ejemplo. O vamos al aeropuerto a recibir a algún grupo musical que no tiene fans.

—O sea, ¿hacen de falsas fans?

Lili se rio.

—No exactamente. A veces viene un grupo que todavía no es muy conocido acá y necesitan hacerlo popular. Nosotras ayudamos. A cambio recibimos cosas.

—¿Por ejemplo?

—Remeras, entradas, discos...

Sol pensó que era un precio ínfimo para semejante trabajo. Hubiera querido seguir preguntándole pero en ese momento vieron que Daniela, la presidenta, tomaba el micrófono. Era una chica de unos dieciocho años, un poco excedida de peso y con la expresión de quien acaba de recibir un golpe que la ha dejado sin aire.

—Ahora vamos a separarnos en grupos para encarar distintos trabajos —estaba diciendo con poco entusiasmo—. Ya hay un equipo armado para discutir nuestras estrategias. El resto, quienes quieran y puedan quedarse, tienen que dividirse en dos grupos: uno irá con Cecilia para confeccionar carteles y volantes para los próximos actos y el otro con Lili... —miró hacia el público—. ¿Lili?

La rubia se puso de pie y saludó.

—Ahí está. Bueno, Lili se encarga de organizar los contactos para anunciar los actos. Los dos equipos necesitan gente, así que a organizarse.

Sol se quedó con Lili hasta la noche, cuando la mayoría de las fans ya se había ido. El trabajo que le tocó era terriblemente tedioso: revisar miles de formularios donde las simpatizantes habían dejado alguna vez un mail o teléfono y armar listas. Pero todo ese tiempo dio para hacer muchas preguntas.

Cuando salió de allí se sintió feliz. Feliz de estar afuera, en silencio, sola otra vez. Pero también feliz con la información conseguida. Al final, ser algo tan patético como una *foxgirl* tenía sus ventajas.

12.

Al otro lado del panel Rolando e Ignacio llevaban media hora discutiendo en tono áspero a quién le correspondía cubrir el turno del domingo. Sol se levantó y fue en busca de un café. Sabía que en algún momento iba a tener que acostumbrarse a todo eso. Si quería ser periodista tendría que poder escribir en medio de las conversaciones ajenas, de los teléfonos que sonaban, de los televisores encendidos, de las peleas, las risas y el barullo que hacía la impresora. Pero aún no podía. Pensó en tomar el café e irse a su casa. Cuando volvió a la oficina, sin embargo, la encontró felizmente vacía: la discusión se había trasladado a otra parte. Apoyó el café junto a la computadora, sacó su libreta de notas y se sentó a escribir en su blog. En ese mismo instante empezó a sonar el teléfono en la mesa de Ignacio. Hizo un esfuerzo por ignorarlo.

SOLdeNOCHE

Un rayo de luz sobre los hechos más oscuros

En la noche de su desaparición, Tommy Fox recibió a cuatro integrantes del club de fans. No era esa, sin embargo, la primera vez que las veía. Dos días antes dos de ellas –Daniela Amadeo y Marcela Niro, presidenta y vicepresidenta del club– habían conseguido entrar en la prueba de sonido gracias a sus aceitados contactos con la discográfica y la productora de los espectáculos. Allí tuvieron la posibilidad de conversar unos quince minutos con el músico que idolatran y presenciar el ensayo del *show*. Ese contacto, en el que dicen que Fox las deslumbró con su amabilidad e interés, dio lugar a que fueran invitadas a la *suite* del hotel la última noche.

Antes de que llegaran, los cuatro integrantes de la banda y dos miembros de la producción habían cenado carne asada y bebido varias botellas de vino. Más tarde alguien trajo...

El teléfono volvió a sonar. No había dejado de hacerlo en los últimos quince minutos y ya la tenía harta. Se levantó, incapaz de seguir escribiendo con ese ruido permanente, y se acercó al escritorio de Ignacio. Atenderlo no era buena idea: seguramente se metía en problemas. Así que lo desenchufó.

Más tarde alguien trajo otras botellas para los tragos: ron, vodka, jugos. Las chicas se quedaron unas dos horas en las que Daniela, que habla un fluido inglés, tuvo la posibilidad de conversar largamente con Fox. El músico, además, les concedió el raro privilegio de oírlo tocar la guitarra...

Alguien golpeó un par de veces la puerta y entró.

—¿No hay nadie?

Reconoció la voz de inmediato y se quedó inmóvil. Quizá, si no hacía ningún ruido se iba. Pero no tuvo tanta suerte. Unos segundos después Rubén Polini asomó la cabeza en su espacio.

—Ah —dijo con obvia decepción—. Sos vos.

Sol lo miró sin hablar.

—¿La gente de acá? Llevo media hora llamando y...

—Me parece que están arriba, en una reunión.

—Típico. Cuando uno los necesita nunca están.

—Apenas vengan les aviso que los estás buscando.

—La cuestión es que los necesito ahora. Urgente. —La miró como sopesando la situación. Sol notó que le costaba decirlo—. ¿Vos no podrías...?

—¿Qué problema tenés?

—Se me colgó la computadora mientras escribía el editorial de mañana y no sé si lo perdí. Pero seguramente vos no vas a saber arreglarla. Mejor dejá.

Polini la trataba mal, tan mal como trataba al resto del mundo. Quizás eso se había convertido en una satisfacción para ella. No que la maltratara, sino que no

hiciera diferencias. Porque algo que la fastidiaba bastante desde su infancia era que mucha gente cuando la miraba no la veía a ella: veía a la pobre huérfana, a la chica que había perdido a su madre con solo dos años. En la cara se les pintaba esa compasión que la enfermaba.

Así que a veces la bestialidad de Polini era un respiro.

—Puedo verlo —le dijo y se puso de pie.

En el camino hacia su oficina, él se detuvo a hablar con una periodista de Política. Sol esperó.

—¿Tenés lista la nota?

La chica lo miró incómoda.

—Me faltan treinta líneas.

—Es para hoy, eh. Esto es un diario, querida.

Sol reprimió una sonrisa. Esa era una de sus frases preferidas. *Esto es un diario.* Así dicho, en medio de la redacción, sonaba un tanto obvio, pero todos sabían lo que quería decir: *esto no es un semanario ni un mensuario, el cierre nos corre, estás enterrando la edición.* Esas cosas. Una vez que llegó muy tarde una mano anónima había pegado un cartel en la puerta de su oficina que decía: "Para hoy, querido. Esto es un diario". Él lo había arrancado y roto mientras miraba hacia la redacción en busca del culpable. Quizá fue un gesto de nostalgia. Todos decían que Polini extrañaba las épocas en que se trabajaba con papel. Entonces era famoso su gesto de desprecio: cuando le entregaban una nota que no le gustaba la rompía en la cara de su autor. Ahora ya no podía ejercer ese nivel de humillación.

Mientras Sol se ocupaba de su problema, él marcó un interno en el teléfono y se puso a hablar ignorando su presencia.

—¿Qué tenés, querido? No me digas que no hay nada —resopló—. Escuchame, poné a tus cráneos a investigar cómo salió el pibe del hotel. Es lo único que le importa a la gente. Ya nadie piensa en el muerto, solo en cómo cuernos salió el chico. No sé, querido, ustedes sabrán, pero dame un título. El pibe ese no era Houdini, alguien lo tiene que haber visto.

Sol le hizo señas indicando que el problema en la computadora ya estaba resuelto. Polini asintió y la despidió con un gesto displicente. Ni gracias le dijo.

Pero en verdad tenía razón, pensó Sol cuando estuvo de vuelta en su escritorio: lo que importaba ahora era cómo había salido Fox. Dedicó la última parte de la nota a hablar sobre ese misterio. Trazó un paralelo con los enigmas de cuartos cerrados, esos policiales donde hay un crimen que parece insoluble porque no existe salida posible para el asesino. Había leído cuatro o cinco de esas historias, libros amarillentos que habían pertenecido a su madre.

En este caso, claro, no había cuarto cerrado, pero era como si todo el hotel lo fuera: ¿cómo era posible sacar al tipo más famoso del momento sin que nadie lo viera? Según la policía, los empleados de seguridad no habían registrado nada anormal en las entradas y salidas por las puertas principales: hubiera sido imposible que no vieran a Fox. Pero, además, había cámaras que filmaban constantemente los accesos. Solo un miembro del equipo del músico había salido en ese horario: Max Cornell, uno de sus guardaespaldas. Cuando fue interrogado, explicó que había ido a tomar algo

con una chica que había conocido el día anterior y que volvió de madrugada. En las filmaciones también aparecían varias integrantes del club de fans, que se fueron a dormir a sus casas. En cuanto a la cochera, ningún auto había salido entre las doce cuarenta (última hora en que Fox había sido visto por sus amigos) y las siete, cuando se detectó su ausencia. Entonces, ¿magia?

Publicó la nota y luego se dedicó a estudiar Historia. Pero le costó concentrarse: el caso de Fox era como una mosca zumbando en su cerebro. Y siempre le había resultado difícil aceptar el zumbido de las cosas pendientes.

13.

Cuando era chica, Sol creía que su madre había muerto en un accidente. Así se lo habían dicho. Un accidente para ella significaba sin ninguna duda que había autos. En su cabeza, la situación se dibujaba con perfecta claridad: su madre con el vestido azul cruzando tranquilamente una avenida al mismo tiempo que un conductor loco o quizá borracho avanzaba a toda velocidad, sin mirar el semáforo, y la hacía volar por el aire. Durante mucho tiempo odió a ese conductor inexistente.

A los diez años quiso conocer los detalles. Entonces se enteró de que el accidente no era en realidad un accidente. Era algo mucho más complicado que involucraba policías y ladrones, un robo y una persecución en la avenida Cabildo, disparos al aire y una bala que había dado en el pecho de su madre. Pero todo eso fue contado sin precisiones ni detalles: a Diego no le gustaba hablar del tema. Lo ponía triste. Supo así que si quería saber más iba a tener que averiguarlo sola.

Tenía trece años cuando se dio cuenta de algo evidente: una historia con policías, ladrones y muertes en la calle tenía que haber salido en los diarios. Y decidió buscarla. Por supuesto, lo primero fue *googlear* el nombre de Anne, pero como era un caso antiguo había unas pocas menciones al pasar y nada muy completo. Entonces fue al archivo del diario.

Era un lugar especial el archivo, un poco tétrico. Años atrás, le habían contado, era muy distinto: estaba siempre lleno de gente, porque cada día los periodistas iban en busca de información para sus notas. Habían llegado a trabajar allí seis o siete personas, que recortaban noticias de todos los medios, a las que luego clasificaban y guardaban en sobres, sobres que se archivaban en un orden estricto, comprensible únicamente para ellos. Ya nada era así. Ahora todo el mundo buscaba la información por internet: el archivo había quedado reducido a dos pequeñas habitaciones a las que se accedía por una incómoda escalera al fondo de la redacción. Solo trabajaba allí Leopoldo, un tipo de pelo totalmente blanco que caminaba lento, un poco encorvado. Su trabajo no era muy claro: básicamente parecía custodiar un material que a nadie le importaba.

Sol subía cada tanto con alguna excusa débil y conversaba con él. Sobre todo para constatar que seguía vivo: le daba miedo que algún día se muriera y nadie se diera cuenta en mucho tiempo. Pero si lo apreciaba no era porque fuera simpático. Más bien al contrario, le parecía bastante gruñón. Pero aquella vez, hacía un par de años, había sido amable con ella.

Había subido haciéndose la distraída. Dijo que necesitaba material sobre un tiroteo en la avenida Cabildo

en junio de 1999. Ni siquiera sabía la fecha exacta. Leopoldo levantó la vista de sus papeles y la miró de una manera especial. Sol pensó que así debían mirar los médicos a los pacientes a los que estaban por revelarles que padecían una enfermedad horrible. Compadeciéndose, aunque decididos a ser sinceros.

—¿Estás buscando información sobre la muerte de tu madre?

—Sí, eso.

Asintió y le dijo que esperara. Unos minutos después apareció con tres gruesos sobres y los apoyó en un escritorio.

—Parte del material está digitalizado y si querés lo podés consultar en aquella computadora. El resto, en papel. Te podés sentar acá. Quedate el tiempo que quieras.

No le alcanzó la tarde para leer todo. Volvió al día siguiente y al otro. En ese tiempo, Leopoldo le ofreció mate y galletitas, le encendió la luz cuando fue necesario y, básicamente, la dejó en paz.

El 4 de junio de 1999 tres hombres asaltaron una joyería ubicada en la calle Sucre. El dueño logró accionar una alarma silenciosa y dos policías que estaban en la esquina aparecieron enseguida. Pero los ladrones ya habían salido y ahí empezó la persecución por la avenida Cabildo. En la carrera uno de los ladrones disparó hacia los policías, que respondieron al ataque y de pronto todo fue un caos, con gente gritando y tirándose al suelo desesperada. En medio de todo eso, un periodista y una fotógrafa, que acababan de llegar a un

edificio al final de esa cuadra para entrevistar a un escritor, se asomaron a la calle a ver qué sucedía. Inesperadamente, los asaltantes corrieron en dirección a ellos. Las balas también: el periodista recibió un disparo en una pierna. La mujer, que se había adelantado un poco más a fin de tomar unas fotos del caso, tuvo peor suerte: un proyectil impactó en su pecho. Tenía veintinueve años y era inglesa. La muerte, dijeron los medios, fue instantánea.

Lo que más tiempo le llevó leer fue todo lo que siguió. La investigación, con sus marchas y contramarchas, el resultado de las pericias, las informaciones que se anunciaban y luego se desmentían. Pero el resumen, después de meses de investigaciones, era este: los asaltantes habían huido y nunca los atraparon. Hubo identikits elaborados en base a numerosos testimonios y a las borrosas imágenes tomadas por una cámara instalada en la puerta de un banco. Se llegó a detener a un sospechoso, pero todas las pruebas eran muy débiles y lo dejaron ir. Tanto los asaltantes como la policía habían disparado con armas 9 milímetros. El proyectil que mató a su madre había atravesado su cuerpo y no fue posible recuperarlo, de modo que nunca se supo de qué bando era quien la mató. Los cuatro policías involucrados recibieron sanciones por su actuación, pero siguieron en la fuerza.

Y eso era todo. Cuando terminó de leerlo Sol sintió que no era casi nada. Y, sin embargo, era eso en lo que pensaba. Día tras día.

14.

Las repercusiones de su artículo la sorprendieron. Dos diarios y varias radios habían recogido parte de la información y citado el blog. Eso seguramente se debía a dos motivos: primero, a que las fotos exclusivas de su primera entrada le habían generado un cierto reconocimiento. Pero, sobre todo, a que en las horas previas no había sucedido absolutamente nada. Los periodistas se la habían pasado exprimiendo a sus fuentes en busca de alguna novedad del caso sin resultados: en medio de semejante sequía los datos sobre las fans habían resultado una lluvia fresca.

La sorpresa vino después, cuando revisó la correspondencia que llegaba al mail del blog. Ocho mensajes. Siete no eran de mayor interés: comentarios intrascendentes, preguntas, pedidos de mayor información. Pero el octavo era otra cosa. Firmaba un tal A.L. Timón. "Lo felicito por la calidad de su información", decía. "Pero no estoy de acuerdo con usted en la comparación que hace con los enigmas de cuartos cerrados. En este caso no existe semejante enigma. Más todavía,

diría que la respuesta de la desaparición de Fox es bastante sencilla. Usted la tiene frente a sus ojos. Solo tiene que abrirlos".

Le irritó la soberbia que desprendía y le contestó en ese mismo momento. "No sé a qué se refiere con 'respuesta sencilla' si hasta ahora ni la policía, ni la justicia, ni el periodismo la encontraron. Además, si quiere emitir una opinión no estaría mal que usara su nombre real. ¿A.L. Timón? Suena, disculpe usted, bastante falso".

El tipo respondió pocos minutos más tarde. "No fue mi intención atacarlo. Créame cuando le digo que la solución está frente a sus ojos, más exactamente en la primera entrada de su blog. Sé que no cualquiera sabría verla, pero pienso que usted podrá hacerlo. En cuanto a mi identidad, efectivamente Timón no es mi nombre real. Pero creo que estamos en igualdad de condiciones. Porque... ¿Julián Monterreyes? No hay ningún periodista ni *blogger* de mínima trayectoria con ese nombre. Tampoco tiene perfil en las redes sociales. Entonces permítame seguir siendo Timón mientras usted sea Julián".

Touché, habría dicho Homero. En ese aspecto el tipo tenía razón, pensó, mejor dejar de lado el asunto de los nombres. Y aunque la seguía irritando su pedantería, no pudo evitar volver sobre la primera entrada y mirar. ¿Mirar qué? Tenía que ser las fotos, por supuesto, pero ya las había mirado un millón de veces. La primera era la que parecía tener más interés: esa figura captada a través del vidrio. Por algún motivo Convertini había elegido retratarla: había visto algo en ella que le llamó la atención. Pero estaba lejos y el vidrio opacaba

sus rasgos. Si la ampliaba mucho, la imagen se pixelaba y no era más que un manchón. Miró el resto de las fotos: nada.

Se sentía frustrada y, peor aún, no sabía si el esfuerzo valía la pena. ¿Y si este Timón le estaba tomando el pelo? Pensó en buscar otros ojos que quizá pudieran captar detalles que a ella se le escapaban y fue a verlo a Tatú. Solo Ignacio y él conocían su relación con el blog, de modo que no tenía muchas alternativas.

Lo encontró ocupado. Llevaba una camisa azul que no le conocía, con las mangas dobladas, lo que permitía ver la serpiente tatuada en su brazo izquierdo. Tatú tenía su apodo bien ganado: no solo su brazo estaba tatuado, sino también la mano izquierda, la espalda completa y parte de la nuca. Probablemente era eso lo que lo hacía raro a los ojos de Diego, pero a ella no le parecía nada raro. Tenía veintiún años y, además de los tatuajes, era fanático del rock y de ciertos videojuegos. Decía que diagramar estaba bien por el momento, pero no era para el resto de su vida. Aunque en verdad todavía no sabía qué quería hacer con su vida: era algo, le había explicado, que probablemente le llevara un tiempo descubrir. Sol tenía la sensación de que la relación entre ellos estaba en un momento similar: aún faltaba descubrir de qué se trataba exactamente.

—Hola, Sol —le dio un beso—. ¿Qué se cuenta?

—Estoy volviéndome loca con un mensaje que recibí —bajó la voz—. Es sobre el blog y aparentemente hay algo en las fotos que no logro ver. ¿Vendrías conmigo a mirarlo?

Tatú frunció el ceño.

—Ahora no me puedo mover. Hoy llegué dos horas tarde y mi jefe me quería cortar en pedazos. Me dio ocho páginas para diagramar. Hasta que no termine...

Ella miró en dirección a Atilio Cruz, el jefe, y se topó con unos ojos encendidos que la observaban. Desvió la mirada.

—Bueno, mejor me voy entonces. Nos vemos después.

Cuando volvió a su computadora encontró un nuevo mensaje de Timón. Evidentemente, daba por sentado que todavía no había dado con la respuesta, lo que la irritó más aún. "Quizá —decía— no tiene que pensar tanto en cómo salió Fox, sino en quién pudo moverse por el lugar sin llamar la atención".

Miró otra vez. ¿Quién no llamaba la atención? ¿El personal de seguridad del hotel? ¿El recepcionista? ¿El camión de la basura? Eso, el camión de la basura no llamaba la atención de nadie: pasaba todas las noches a la misma hora. ¿Y si se lo habían llevado a Fox? No, ridículo, ¿cómo iban a meterlo en un camión sin que nadie lo viera? Volvió a mirar las fotos. Agrandó una de las últimas. Y en ese instante supo lo que había estado buscando. Había tres trabajadores subidos al estribo, todos con el uniforme de la empresa. A uno de ellos se lo veía bastante bien. El segundo estaba de espaldas, era alto y gordo. El tercero tenía la cabeza inclinada hacia la izquierda y solo era visible un lado de su cara. Llevaba un gorro con la visera hacia atrás y anteojos oscuros. Eso fue lo que finalmente despertó a sus neuronas. ¿Anteojos oscuros y gorra para trabajar de noche?

El corazón se le fue al estómago. Amplió la foto al máximo posible. Tenía cierta similitud... Buscó rápidamente fotos de Tommy Fox, las fue descartando hasta encontrar una en una pose similar y las comparó. La nariz, la línea de la mandíbula... sí, era parecido. ¿Qué significaba entonces eso? ¿Tommy Fox había salido del hotel disfrazado de recolector de residuos? Sería una noticia espectacular. ¿Pero si no era cierto? En ese momento Ignacio se asomó a su cubículo y algo en su expresión debió alertarlo.

—¿Estás bien?

—Sí, pero necesito que mires esto.

Se lo explicó en pocas palabras.

—Guau. —Levantó las cejas—. Impactante.

—¿Cómo puedo saber si realmente es él?

Ignacio puso de inmediato sus manos en el asunto: aisló y agrandó la cara del supuesto trabajador y la colocó junto a la foto en que Fox tenía una posición muy similar. Luego superpuso sobre ambas imágenes una cuadrícula que permitía comparar áreas pequeñas. Utilizó un programa de reconocimiento facial, hizo sus propias mediciones y finalmente le dio su veredicto.

—Si estuviera de frente sería posible estar seguro. Pero en esa posición no: yo diría que la identificación es positiva en un 85 por ciento. Y ahora tengo que seguir trabajando.

En un estado de creciente agitación, Sol dio vueltas durante media hora intentando decidir qué hacer. Sabía que tenía una primicia explosiva entre manos,

pero también sabía que si se equivocaba el blog se hundía para siempre. Al fin, optó por mandarle un nuevo mail a Timón.

"Supongo que usted se refería a la notoria similitud que el recolector de anteojos tiene con Fox. Pero es imposible confirmar que efectivamente sea él".

Le contestó cuatro minutos más tarde.

"Es él. En este tiempo me tomé el trabajo de averiguar cuántos empleados lleva la empresa Buenos Aires Limpia por camión. La respuesta es que son solo tres: el conductor y dos trabajadores que manipulan las bolsas. Ese cuarto hombre no tenía nada que hacer ahí".

Sol no dudó más. Redactó un texto breve, incluyó ambas fotos ampliadas para resaltar el parecido y subió todo al blog. Luego escribió un mail que envió al listado de periodistas al que le había incorporado nuevos nombres para cubrir radios, diarios y blogs de todo el país. En el asunto decía: "El blog *Sol de noche* descubre cómo salió Tommy Fox del hotel".

Apretó enviar y se quedó mirando la pantalla. Sabía que en cuestión de segundos muchísimas personas estarían entrando en el sitio, observando el parecido, lanzando una exclamación...

Y en ese momento, como si alguien le hubiese tirado una piedra en medio de la frente, una idea la golpeó con tal fuerza que por unos instantes se quedó sin aire. Acababa de darse cuenta de que había hecho exactamente lo que quería quien se escondía tras el nombre de A.L. Timón. Que ese desconocido le había armado un camino que ella había seguido ingenuamente, paso a paso, hasta llegar al objetivo que él se había propuesto.

¿Y por qué? ¿Cuál era su intención? Tardíamente, advirtió también el juego del nombre: al timón. ¿Una estúpida manera de decir que era él el que controlaba las cosas?

¿Quién era ese tipo? Esa era la pregunta que se le estaba atragantando. ¿Y si Timón era el asesino de Convertini?

15.

Incapaz de seguir sentada por más tiempo agarró su mochila y salió a caminar. No lograba superar la desazón de sentirse manipulada, de haberse convertido en una presa fácil para el inquietante Timón. Porque tenía que haber un motivo para que ese hombre dedicara tanto tiempo a darle las pistas y guiarla por el camino que había trazado. Tenía que haber un propósito oculto: quizá desplazar la culpa hacia un inocente. Como fuera, no podía ser bueno.

Se sentía tan agitada que perdió la noción del tiempo y la distancia. Cuando miró el reloj había pasado más de una hora y estaba bastante lejos del diario. En el camino de regreso consideró la posibilidad de contarle todo a su padre. Le podía hablar del blog y de los mensajes de Timón y dejar que él decidiera si convenía decirle algo a la policía. Esa decisión la serenó y cuando llegó al diario le pareció que había recuperado el dominio de sí misma.

Entonces vio a Ignacio, que estaba fumando en la puerta y le hacía señas para que se apurara.

15.

Incapaz de seguir sentada por más tiempo agarró su mochila y salió a caminar. No lograba superar la desazón de sentirse manipulada, de haberse convertido en una presa fácil para el inquietante Timón. Porque tenía que haber un motivo para que ese hombre dedicara tanto tiempo a darle las pistas y guiarla por el camino que había trazado. Tenía que haber un propósito oculto: quizá desplazar la culpa hacia un inocente. Como fuera, no podía ser bueno.

Se sentía tan agitada que perdió la noción del tiempo y la distancia. Cuando miró el reloj había pasado más de una hora y estaba bastante lejos del diario. En el camino de regreso consideró la posibilidad de contarle todo a su padre. Le podía hablar del blog y de los mensajes de Timón y dejar que él decidiera si convenía decirle algo a la policía. Esa decisión la serenó y cuando llegó al diario le pareció que había recuperado el dominio de sí misma.

Entonces vio a Ignacio, que estaba fumando en la puerta y le hacía señas para que se apurara.

—¿Qué pasa? —preguntó inquieta.

—Armaste un lío...

El estómago se le volvió a cerrar.

—¿Qué? ¿Estaba todo mal?

—No, al contrario, estaba todo bien. Por eso mismo.

Corrió hasta la redacción y se detuvo frente a uno de los televisores. En la pantalla se veían las oficinas de Buenos Aires Limpia y un tumulto de periodistas y camarógrafos que esperaban para entrevistar a sus autoridades.

—¿Viste? —Juárez apareció a su lado—. Fox se escapó en un camión de basura.

—¿Cómo se supo?

—Fue primicia de un blog. *Sol de noche*, creo que se llama. Y ya se está confirmando: un gerente de la empresa dijo que el tercer tipo que aparecía en la foto no es empleado de ellos. Ahora la policía está interrogando a los trabajadores.

En las siguientes horas trascendieron todos los detalles. Los dos recolectores habían coincidido en su versión: una mujer les había pedido que le permitieran subir al muchacho. Todo había empezado dos días antes del hecho, cuando esta mujer se les había acercado mientras cargaban la basura en el Continental. Quería pedirles un favor: un amigo había apostado que podía subirse al camión de residuos y quería ayudarlo a cumplir la apuesta. Ellos no tenían que hacer nada fuera de lo habitual: se detendrían, como siempre, en la puerta trasera del hotel, donde la basura se acumulaba en el sector de las cocheras para no afear el frente. Los

empleados que entraran a recogerla se encontrarían con un chico vestido con un uniforme similar al que llevaban, que los ayudaría a acarrear las bolsas y luego subiría con ellos al estribo. Solo por unas cuadras: en no más de cinco o diez minutos se bajaría. Y cada uno de ellos (los dos que manipulaban las bolsas y el conductor) recibiría por el "favor" trescientos pesos. A los trabajadores les había parecido un asunto inofensivo. Y todo había salido según lo planeado, dijeron: el chico que los esperaba en la cochera se había limitado a sonreír y cargar con las bolsas. Había recorrido solo unas dos cuadras con ellos antes de bajarse del camión en un semáforo y subir de inmediato a un auto que había frenado atrás.

No sabían el nombre de la mujer, pero la recordaban bien. Era joven, muy joven, apenas una chica, y llevaba un impermeable negro. Un dibujante de la policía se sentó con ellos y en pocos minutos elaboró un identikit. Los investigadores no tuvieron que ir muy lejos: apenas entraron al hotel con el dibujo, el recepcionista la reconoció.

Sol estaba escuchando el informe en uno de los televisores de la redacción junto con Tatú, que había terminado el trabajo del día.

—Tengo un mal presentimiento —le dijo.

—¿De qué?

—No sé, esa mujer...

Pero Tatú no estaba muy atento al tema.

—¿Y si salimos a tomar algo? De paso me acompañás a...

—Shhh —Lo hizo callar porque en ese momento el periodista en la pantalla estaba diciendo que tenían,

en exclusiva, el nombre de la involucrada. Hizo un sugestivo silencio y luego lo soltó.

—La mujer que solicitó el favor se llama Daniela Amadeo.

Sol no pudo evitar pegar un grito.

—¿Quién es? —preguntó alarmado Tatú.

Le contestó en un susurro.

—La presidenta del club de fans.

Esa misma noche Daniela Amadeo quedó detenida, acusada por la desaparición de Tommy Fox.

Como hipnotizada, Sol siguió las noticias minuto a minuto. Aunque casi nadie sabía que la primicia había sido suya, el solo hecho de que su blog hubiera desatado semejante catarata de noticias le provocaba una euforia electrizante. Poco a poco se fue debilitando su decisión de contarle todo a su padre. Sabía que la forzaría a abandonar el blog y no quería hacerlo. Se dijo simplemente que en adelante iba a ser más cuidadosa con Timón.

A las nueve Felisa le avisó que había llegado la comida y aunque los nervios le habían quitado completamente el hambre, se sentó frente a una milanesa con ensalada.

—¿Cómo es la tapa de mañana? —le preguntó a su padre.

—Todavía no está decidida, pero por supuesto es sobre el caso Fox. Van a ver que en las próximas horas todos los medios se van a acordar de *Misery*.

—¿Qué es eso?

—Una novela de Stephen King, donde una fan secuestra a su escritor favorito y lo tortura, enojada con el final de uno de sus libros.

—Qué macabro —Felisa sirvió el agua—. Quizás esta chica solo quería que Fox le cantara al oído.

—Y quizá lo tiene enterrado en el jardín —sonrió su padre.

—Ustedes dan por sentado que es culpable —objetó Sol—, pero eso todavía no se sabe. Además, si ella secuestró a Fox, ¿quién asesinó al fotógrafo?

—La misma chica, ¿por qué no? El fotógrafo la vio llevarse a Fox y tuvo que matarlo. Secuestradora y asesina a los dieciocho años. —Diego elevó las cejas—. Qué nota.

—No la veo —dijo Sol—, es demasiado joven para eso. Y tendría que haber tenido cómplices. Para mí que hay alguien más en todo esto.

Esa era en realidad su preocupación. Que lo de Daniela Amadeo no fuese más que una nube que tapase al verdadero culpable. ¿Timón? De pronto se le cruzó una idea que, aunque no tenía ningún sustento en la realidad, se le prendió como una garrapata al cerebro y no pudo desprendérsela el resto del día: que Timón era el sicario. Que se la tenía jurada a Convertini. Y que era capaz de manipular hábilmente los hilos de la información. En otras palabras, que ella mantenía una cordial relación con un asesino profesional.

Antes de irse a dormir volvió a revisar los mensajes del blog y encontró uno de él. Era escueto: "Todo un

éxito. Felicitaciones". Le pareció percibir un dejo sarcástico: a fin de cuentas, ella no habría conseguido nada sin su ayuda. Contestó enseguida.

"Le debo un agradecimiento por su colaboración. Y, disculpe mi curiosidad, Timón, ¿por qué hace esto?".

Se quedó un rato más frente a la pantalla, pero no llegó nada. Esa noche le costó dormir. Dio vueltas en la cama durante dos horas y al final se levantó y volvió a chequear el correo. Ahora sí, Timón había contestado.

"No busque motivos extraños, porque no los hay. Soy simplemente una persona a la que le gustan los misterios. Y este, estoy seguro, no terminó. Así que seguiremos en contacto. Hasta pronto, Julián".

16.

Tal como había anticipado Diego, al día siguiente todo el mundo recordó a *Misery*. Las opiniones en los medios se dividían entre quienes creían que Tommy Fox estaba secuestrado en algún sótano frío y oscuro y quienes estaban convencidos de que ya estaba muerto. Daniela Amadeo se había negado a declarar hasta que un abogado la representara y ese tiempo vacío de noticias fue llenado con rumores y especulaciones. Se decía que el cadáver ya había sido encontrado, que se esperaba a la familia para anunciarlo, que intervenía en el asunto la Embajada de los Estados Unidos, que los detalles eran macabros. Los rumores volaban y hacían pie en las redes sociales, donde engordaban y se multiplicaban hasta el infinito.

Sin noticias, los programas de televisión se vieron invadidos por supuestos especialistas que hablaban de una sociedad obsesionada con las celebridades y de la patología del fan mientras pasaban imágenes viejas del acosador de Madonna y el asesino de John Lennon.

Si algo faltaba, a media mañana se supo que también había sido detenida Marcela Niro, la vicepresidenta del club de fans. A esa altura, el presunto secuestro de Tommy Fox era el único tema que importaba en el país. Las vidas de Daniela y Marcela se expusieron en pantalla hasta el más mínimo detalle: aparecieron fotos de colegio primario, opiniones de sus maestros y compañeros y hasta algún ex novio despechado que definió a Daniela como una persona cruel. Pero en verdad costaba creer que esas dos chicas que acababan de terminar el secundario y se veían tan absolutamente normales pudiesen haber cometido un crimen semejante.

Cuando finalmente se supo que las casas de ambas habían sido allanadas sin ningún resultado y que ellas declaraban no tener idea de dónde estaba Fox, la ola de descreimiento fue generalizada. El *hashtag* más popular en Twitter fue #nomejodas.

Y sin embargo, Daniela y Marcela, interrogadas numerosas veces por separado, se mantuvieron firmes y coherentes en su versión de los hechos. Lo que decían era, más o menos, lo que sigue.

Habían conocido al músico en la prueba de sonido y hubo enseguida una corriente de simpatía entre ellos, en particular con Daniela, que hablaba un perfecto inglés. Tommy estaba en un momento especial, dijeron, quizá porque extrañaba a su familia, o porque venía de enterarse con desazón de que habían agregado nuevas funciones en Santiago de Chile y la gira se extendía. O quizá fue simplemente el hartazgo, que estalló en ese instante. Lo cierto es que se abrió con ellas: les contó

que ya no soportaba el ritmo de la gira, que estaba cansado de la vestuarista, de los ensayos, de sus guardaespaldas, harto de sonreír y, más que nada en el mundo, harto del encierro al que lo obligaban centenares de fans y fotógrafos que estaban pendientes de cada uno de sus movimientos, dispuestos a seguirlo si salía del hotel caminando, en auto o en helicóptero. Si ellas pudieran sacarlo, les dijo, si fueran capaces de llevarlo a algún lugar donde no fuera acosado por la gente, las amaría por siempre. Daniela se rio: por qué no sacarlo del hotel disfrazado, sugirió. Algo que no llamara la atención: por ejemplo, un traje de recolector de residuos. Eso se le ocurrió porque una semana antes su primo había conseguido un uniforme de ese tipo para usar en una fiesta de disfraces. Tommy se entusiasmó enseguida. Claro, sonrió, y podría escapar a bordo de un camión de basura, así nadie lo reconocería. Daniela asintió: era posible, seguro que podía arreglarse. Lo que había empezado como una broma terminó convirtiéndose en un plan real.

Dos días después, Daniela llevó el uniforme que le había dado su primo al hotel y le explicó a Tommy todos los pasos previstos. Él tenía que acarrear unas bolsas desde la cochera y treparse al estribo del camión: no hacía falta que dijera nada, los tipos ya estaban avisados. Ellas iban a estar atrás, en un Chevrolet gris que había conseguido prestado Marcela, al que él subiría una vez que confirmaran que no los seguía ningún fotógrafo. Y luego serían libres. Había hecho una reserva en el exclusivo vip de una discoteca, donde podían bailar sin que nadie los molestara. Y si Tommy quería, la seguirían en su casa, ya que sus padres estaban de viaje.

A Daniela la inquietó notar que él ya no parecía tan entusiasmado. Pero igual se mostró conforme con el esquema y acordaron un horario para volver a encontrarse.

El plan se cumplió paso a paso. Marcela partió primero para buscar el auto y esperó, a tres cuadras de allí, el paso del camión de la basura. Luego se acercó a los recolectores y les dio el dinero prometido. Al recibir el aviso en su celular, Daniela bajó por ascensor hasta la cochera con Tommy, que ya llevaba el uniforme puesto, y lo dejó esperando junto al contenedor de residuos. Después salió del hotel por la puerta principal y subió al auto. El único inconveniente que se presentó fue que un Peugeot azul se interpuso entre ellas y el camión. Pero estaban seguras de que igual él las veía.

Y entonces vino la sorpresa: a las dos cuadras, Tommy saltó del camión y, sin siquiera mirarlas, se subió al Peugeot. Al principio creyeron que había sido un error: los autos eran de un color parecido y en la noche podían confundirse. Tocaron bocina, pero Tommy no se inmutó. Boquiabiertas, vieron cómo el Peugeot doblaba en la esquina y desaparecía. Cuando reaccionaron e intentaron seguirlo ya no estaba a la vista. No habían podido ver la cara del conductor, pero les pareció que era un hombre.

Fue un golpe duro. Las dos dijeron lo mismo: un golpe que les aplastó la ilusión. Claramente, Tommy Fox las había traicionado, había armado un plan con otra persona para escapar de allí. Con el ánimo quebrado, Daniela sugirió que fueran a su casa, donde había dejado la heladera llena de bebidas para el festejo, y trataran de olvidar lo que había pasado. Eso hicieron:

el resto de la noche disimularon la amargura de las lágrimas con vodka y jugo de naranja.

Es decir que no tenían ninguna coartada para esas horas cruciales en las que Fox desapareció y Convertini fue asesinado. Eso fue lo que todo el mundo repitió en los días siguientes.

Cuantos más detalles se conocían, peor se sentía Sol. Eso le dijo a Tatú en el café de la esquina del diario. Supuestamente festejaban el éxito del blog pero la inquietud que ella tenía clavada en el estómago no le permitía pasar siquiera una cocacola.

—Tengo la sensación de que las chicas están diciendo la verdad, pero nadie les cree —le explicó—. Y me siento responsable de que las detuvieran.

—¿Responsable? Estás loca, Sol. Esto hubiera saltado de cualquier forma.

—No sé, fue a mí a quien apuntó Timón. Yo publiqué el dato que destapó el asunto.

—Pero si vos no le hubieras hecho caso, seguramente Timón le mandaba la información a otro medio. Y decime, ¿quién es ese Timón?

—Esa es la otra cosa que me preocupa. Está demasiado interesado en este asunto, puede que sea parte de él. Quizás estoy ayudando al asesino...

Tatú frunció el ceño. En ese momento los distrajo alguien que alzó la voz en un tono muy irritado en la mesa vecina, ocupada por tres periodistas de Economía. Varias cabezas se volvieron y por unos segundos el murmullo que constituía la música habitual del café se acalló, a la espera de algo que podía ser interesante. Ese

lugar era de alguna manera parte del diario. Era ahí donde se cocinaban acuerdos, se dirimían peleas y nacían romances. A veces había más personal del diario en el café que en la redacción. Unos segundos después, todo volvió a la normalidad. Pero en ese instante a Sol se le ocurrió pensar que quizá Timón estuviera ahí mismo, que quizás había averiguado quién era ella y la estaba observando. ¿Y si era ese morocho de pelo ondulado y bigote fino sentado en una mesa cercana? Leía un diario distraídamente y cada tanto chequeaba su celular.

—Lo importante es que no te expongas —Tatú volvió a mirarla—. Espero que no se te ocurra encontrarte con ese tipo. Prometémelo.

Su inquietud la enterneció.

—No te preocupes. El tipo me conoce como Julián Monterreyes y quiero que siga siendo así. Aunque a veces, no sé, tengo la sensación de que en verdad él sabe todo. Que me ve.

—Sol, eso suena un poco paranoico.

—Tenés razón —sacudió la cabeza—, es un delirio.

Y sin embargo, volvió a mirar al tipo de la mesa vecina. En ese momento él levantó la cabeza y sus ojos se cruzaron. Fue apenas un segundo, pero bastó para que a ella se le erizara la piel.

17.

Al otro día el club de fans envió un correo a todos sus asociados convocando a un acto esa misma tarde para pedir la liberación de Daniela y Marcela. Las chicas eran, decía la carta, absolutamente inocentes y no había ni una sola prueba que las incriminara. En ese aspecto no les faltaba razón. No había pruebas que las vinculasen firmemente con un secuestro, pero en medio del escándalo generado, la Justicia dilataba todo lo posible la decisión de imputarlas o liberarlas.

El acto estaba anunciado a las cuatro enfrente de Tribunales. Sol llegó quince minutos después y un rápido vistazo le dijo que la convocatoria era un fracaso. Habría apenas cincuenta o sesenta chicas, una cantidad ínfima comparada con las que en cualquier ciudad del mundo cortaban las calles frente a los hoteles donde se alojaba Tommy Fox o agotaban las entradas para sus recitales. Pero en cierta forma era comprensible: la mayoría de los padres de las fans habían decidido que las cosas se habían puesto demasiado oscuras. Que el asunto Fox ya no era divertido, sino inquietante.

Las que estaban presentes, además, se veían un poco desconcertadas en ese contexto. Estaban acostumbradas a otra cosa –lo clásico: larga espera del ídolo, aullidos y emoción al verlo, nueva espera hasta la próxima ocasión– y en esta protesta no sabían bien cómo actuar. Algunas llevaban carteles y coreaban una consigna con poco entusiasmo: "Libertad, libertad, para Marce y Daniela ya". Había unos pocos periodistas de los que Sol se alejó para no salir en las fotos y un par de tipos extraños que daban vueltas entre el público y, según los rumores, eran policías de civil: por muy raro que resultase, esa masa de chicas con ropa de marca, abundante maquillaje y mochilas con flores rosas o dibujos de Hello Kitty habían pasado a ser sospechosas de algo.

Enseguida vio a Lili, que llevaba uno de los carteles y parecía deprimida.

—Hola —sonrió levemente—, qué bueno que viniste. No somos muchas.

—Lo que está pasando es una locura —dijo Sol.

—Totalmente. No puede ser que las chicas estén presas.

—¿Vos sabías lo que había pasado?

—No lo supe antes, me enteré hace unos días. Daniela estaba destrozada por la actitud de Tommy. Las usó para salir del hotel y después se fue con otra persona. Ella realmente había creído que... —pareció dudar sobre lo que iba a decir—, bueno, que era sincero.

—¿Que estaba interesado en ella?

Sonrió incómoda.

—Sí, creo que sí. Supongo que fue ingenua, él tiene las chicas que quiere. Pero imaginate, cuando le dedicó

tanta atención, fue... no sé, un sueño para ella. Y ahora está presa. Y encima todos hablan de los fans como si fuéramos... algo horroroso, enfermos mentales. Es cierto que a Lennon lo mató un fan, pero eso no nos convierte a todos en asesinos, ¿no?

—¿Vos por qué te metiste en esto?

Apenas hizo la pregunta, Sol se dio cuenta de que se había equivocado. Se suponía que ella también estaba fascinada con Tommy Fox, que era tan fan como cualquiera de las otras, pero en su tono era posible oír el rechazo que le producía todo eso.

Aunque quizás Lili no se dio cuenta.

—Supongo que por las mismas razones que cualquiera —se encogió de hombros—. Porque me gusta su música. ¿Y vos?

—Sí, también... —intentó pensar un motivo razonable—. Y para conocer gente.

—Exacto. Para mí fue genial. Yo antes no tenía a nadie. Me acuerdo cuando empecé con esto... Acababa de salir el segundo disco de Tommy y escribí un *post* largo en uno de los sitios de fans. Ese día tuve ciento veinte comentarios. ¡Ciento veinte! Fue como si se abriera el mundo, ¿entendés?

Sol no sabía si entendía. Pero dijo que sí.

Todavía estaba con ella cuando empezó a correr el rumor. Lo había oído en la radio una chica: acababa de aparecer un testigo que supuestamente había visto a quien podía ser el asesino de Convertini. Un hombre. Si era cierto, eso desviaba en parte la atención de Daniela y Marcela. Poco a poco, el rumor fue circulando

entre las manifestantes y logró levantar algo el ánimo de la triste convocatoria.

Esa noche casi todos los medios reprodujeron la versión, aunque los detalles eran escasos: solo decían que el testigo trabajaba de sereno en una obra en construcción cerca del hotel y que había visto el auto de Convertini esa madrugada.

—Parece que el tipo recién ahora se encontró en un diario con la foto del auto y lo reconoció por un cartel en la luneta trasera que dice "en venta" —le explicó Juárez después en el diario—. Dice que esa noche pasaba frente al hotel y se paró al verlo porque andaba buscando un usado para comprar.

—¿Y entonces vio al asesino?

—Vio a un tipo que se acercaba y golpeaba en la ventanilla del conductor. Eso es todo lo que sé. Hasta ahora ningún medio lo enganchó: ni siquiera se conoce el nombre. Pero estoy atrás de eso, Solcito —le guiñó un ojo—. Teneme confianza.

Estiró la mano para ponérsela en el hombro, pero Sol se corrió a tiempo.

18.

Juárez, a fin de cuentas, iba a demostrar que cuando quería algo era capaz de insistir, alabar, sobornar y prometer hasta conseguirlo. Sobre todo, si ese algo era una primicia. Al día siguiente Sol lo cruzó en un pasillo. Caminaba apurado y con cara de fastidio.

—¿Pasa algo?

—Algo bueno y algo malo —hizo una mueca burlona—. ¿Por dónde empiezo?

—Por lo bueno.

—Conseguí una fuente espectacular en la policía, que me pasó el teléfono del testigo. Lo llamé y aceptó verme dentro de media hora.

—Genial. ¿Y lo malo?

—Lo típico: no hay ningún fotógrafo disponible en las próximas dos horas. La única que me queda es sacarle fotos con el celular, pero imaginate que...

Sol lo interrumpió.

—Voy yo de fotógrafa.

Juárez frunció el ceño.

—¿Vos?

—Sí, tengo una cámara profesional. Y la tengo acá.

—¿Y por qué tenés una cámara profesional?

—Cuando el Chueco Benítez se compró una nueva me vendió la que tenía antes.

—¿Sabés usarla?

—El Chueco me está enseñando, eso fue parte del arreglo. Ya sé lo básico. Seguro que las fotos van a salir mejor que con tu celular.

Juárez suspiró.

—No sé cómo termino llevándote a todas partes. Andá a buscarla, te espero en la puerta.

Santiago Rímini era un hombre de unos cuarenta y cinco años y mirada huidiza. Aunque era evidente que la atención que estaba recibiendo lo inhibía, aceptó sin quejarse el interrogatorio de Juárez y las fotos que Sol disparó mientras hablaban en un café y luego frente a la obra donde trabajaba. En sus labios se dibujaba una sonrisa incómoda cuando insistía en que no tenía gran cosa para contar.

—Fue una casualidad que yo pasara por ahí a esa hora.

—¿Qué hora era exactamente?

—Las cinco. En realidad, ese día no me tocaba trabajar en la obra. Pero el compañero que estaba ahí me llamó de urgencia porque le habían avisado que su esposa estaba a punto de tener familia... No me podía negar, así que me levanté y salí. Fue cuando me bajé del colectivo que vi el auto.

—El Fiat.

—Sí, un Fiat rojo. Tenía un cartelito pegado en el vidrio trasero que decía: "Se vende". Y un número de

teléfono. Yo hace mucho que andaba pensando en algo así, un usado chico para pasear con la familia los fines de semana. Me paré a mirarlo y entonces me di cuenta de que había un tipo adentro. Era raro, a las cinco de la mañana...

—¿Qué hacía?

—Nada, parecía medio dormido. Por eso dudé: quería hablar con él para preguntarle cuánto pedía por el auto, pero no me animaba a despertarlo. Me quedé a un costado, anotando el teléfono. Y entonces apareció el otro tipo.

—¿Vio de dónde venía?

—No, lo vi cuando ya estaba al lado del auto. Golpeó en la ventanilla y me pareció que el que estaba adentro se sobresaltaba. Bajó el vidrio y se pusieron a hablar. Entonces me fui. No tenía tiempo, mi compañero me esperaba, ¿me entiende?

—¿Y cómo era el hombre?

—No sé, común. Ya me lo preguntaron, pero no me acuerdo de nada especial: alto, pelo corto. Tenía una campera oscura.

—¿Podía haber sido un ladrón?

—No creo, estaba bien vestido. A mí me dio más bien la sensación de que podía ser un policía, pero no sé por qué... Uniforme no tenía. Me gustaría poder ser más útil, vio, pero es lo que recuerdo.

Juárez asintió.

—¿Y por qué decidió hablar ahora?

—Porque antes no tenía idea de lo que sabía. El otro día vi en la televisión una imagen del auto del muerto y ahí me di cuenta, por el cartelito, que era el que yo había visto. A mi mujer no le gustó que me metiera en esto,

pero si puede servir para que agarren al que lo mató... ¿hay que hacerlo, no?

Ya estaban en la puerta del edificio en construcción donde trabajaba cuando Juárez le hizo la última pregunta.

—¿Si volviera a verlo lo reconocería?

—Puede ser... —se detuvo un momento, como considerando la posibilidad—. Sí, creo que lo reconocería.

Ese fue después el título: "El testigo podría reconocer al asesino de Convertini". Un poco forzado, teniendo en cuenta que ni siquiera se sabía si el hombre que Rímini había visto era el asesino, pero había que inflar la noticia porque iba a la tapa. Cuando lo supo, a Juárez la cara se le iluminó con una sonrisa ancha y voraz que a Sol le hizo pensar en un cocodrilo.

—¿Mi nota es tapa? —preguntó solo para constatar que sus oídos no lo habían engañado.

—Ciento veinte líneas —contestó Viñas, su jefe—. Apurate porque Polini la quiere ver cuanto antes.

La nota había escalado desde el oscuro final del diario al que estaba relegado Policiales hasta las primeras páginas debido a una discusión que muy pocos habían oído en la redacción pero todo el mundo comentaba. Diez minutos después de entrar Sol ya sabía todos los detalles. El escenario, según le contó Tatú, había sido la reunión de edición donde se decidía el tema central de tapa. El desencadenante, un hecho que la mayor parte del público ignora: es muy difícil hacer un diario cuando el mundo se empeña en estar tranquilo. Y ese era uno de los días malos para el periodismo, en

que no pasaba nada de nada. La reunión había empezado con Polini golpeando la mesa:

—A ver, gente, ideas. Escucho.

Habían evaluado un nuevo terremoto en Miyagi, Japón, pero el jefe de Internacionales objetó que cincuenta muertos no eran muchos y que ya había cesado el alerta de *tsunami*. Después consideraron los últimos anuncios sobre cargas impositivas, pero la jefa de Economía dijo que era un asunto demasiado técnico del que los lectores no iban a entender nada. También fueron descartadas la cosecha récord de soja por reiterativa y las declaraciones de un diputado en estado de ebriedad por ridículas. Cuando parecía que no iba a surgir nada más y Polini se estaba poniendo francamente pesado, el jefe de Espectáculos abrió la boca para sugerir que llevaran a la tapa el escándalo de la presentadora de televisión que le había tirado un cenicero por la cabeza a su novio violento, provocándole una conmoción cerebral. Era el tema que estaba sacudiendo las ediciones digitales de los diarios y las redes sociales.

—Le agregamos la opinión de alguna socióloga, sumamos un par de ejemplos más y armamos una tendencia: ahora las mujeres contraatacan.

Varias cabezas asintieron y Polini sonrió complacido. Fue entonces cuando Homero Rossi se agarró la cara con ambas manos y empezó a emitir un sonido extraño, como un quejido de perro. La jefa de Economía, sentada a su lado, le puso una mano solidaria en la espalda.

—¿Te pasa algo, Homero?

—No puedo creer que este diario esté por poner semejante imbecilidad en la tapa. Me parece que es hora de que piense en retirarme.

—¿Me estás diciendo imbécil? —reaccionó airado el jefe de Espectáculos.

—¿A vos qué te parece?

A eso siguió un silencio de muerte, en el que solo se oyó la fricción de la birome del editor de Deportes contra el papel en que dibujaba circulitos para relajarse. Finalmente se alzó la dubitativa voz del jefe de Policiales: acababa de recibir un mensaje de texto de uno de sus cronistas, que le había hecho una entrevista al supuesto testigo en el caso Convertini. Algo podía salir de ahí. En veinte segundos se decidió: a todos les pareció un excelente tema de tapa.

Así fue como a la mañana siguiente Santiago Rímini descubrió que por solo haber visto durante unos segundos a un hombre parado frente a un auto uno puede convertirse en el personaje del día. También descubriría sus consecuencias.

19.

Solía chequear el correo antes de salir. Era apenas un instante, una mano en el *mouse* mientras la otra sostenía el café o la tostada a medio comer. Pero esta vez había un mail que la detuvo más tiempo. Era de Beth, la mayor de sus primas de Londres. Le costó descifrarlo. Lo leyó dos veces y aunque era consciente de que el tiempo corría y tenía que apurarse, no pudo dejarlo hasta tener una idea aproximada de su contenido. Entendió, básicamente, cuatro cosas: Beth se casaba en ocho meses. El novio se llamaba Jonathan. A todos les gustaría mucho que su padre y ella fueran a la fiesta y se quedaran en lo de Granny. Y tenían que responder pronto.

Levantó la cabeza para anunciarle la novedad a su padre y lo vio concentrado en una nota. Tenía una expresión extraña.

—¿Papá?

—¿Sí?

No parecía la habitual irritación por una noticia que les faltaba. Era otra cosa. Tristeza, quizá.

—¿Pasa algo?

—No, nada... —Miró el reloj—. Es tarde.

—Sí, ya me voy.

Mejor se lo decía a la noche. Cuando se acercó a darle un beso miró por encima la página del diario que estaba leyendo. Había subrayado algunas frases con birome y un círculo rodeaba a un nombre: Pinedo. ¿Pinedo? Le sonó conocido. Más tarde iba a leer esa nota.

El acoso de los medios encontró a Santiago Rímini con la guardia baja: no tenía experiencia en estos asuntos y sin darse tiempo para pensarlo atendió por teléfono al periodista de una radio cuando recién amanecía. En las siguientes horas no hizo otra cosa: atender, hablar, cortar, volver a atender, hablar, cortar... Para cuando decidió apagar su celular, pasado el mediodía, ya había repetido innumerables veces que el hombre era alto, que llevaba una campera oscura, que solo lo había visto unos segundos pero que sí, seguramente podría reconocerlo si lo veía de nuevo.

Había sido la única noticia del día referida al caso, concluyó Sol esa noche antes de acostarse y apagó el televisor. Recién entonces recordó el episodio de la mañana y fue a buscar el artículo que su padre había estado leyendo. Le sorprendió descubrir que la nota había sido recortada: en su lugar había un agujero. ¿Su padre cortaba los diarios? Ahora sí que estaba intrigada y sin perder más tiempo fue a mirar la edición de ese diario en internet. Y nuevamente se sorprendió: se trataba de algo sin mayor importancia, la crónica del asalto a un banco que la policía había logrado frustrar. Pinedo era

el nombre del comisario que había intervenido. Felipe Pinedo. ¿Por qué le sonaba ese nombre?

Pasó media hora navegando en internet, pero solo aparecieron unas pocas referencias a ese policía. Y cuando ya estaba a punto de darse por vencida, algo sonó en el fondo de su cerebro. Un eco del pasado. Fue entonces a buscar la carpeta donde guardaba notas y recortes referidos a la muerte de su madre. Ahí estaba. Felipe Pinedo había sido uno de los policías involucrados.

Se sentó con una desagradable opresión en el pecho y volvió a mirar el artículo. *El comisario Felipe Pinedo.* O sea que ese hombre, suspendido en sus funciones después de su intervención en el tiroteo, había seguido haciendo carrera. De agente raso había llegado a comisario. La segunda idea que cruzó su cabeza la inquietó más aún. Su padre decía siempre que no quería hablar del asunto porque lo entristecía, pero estaba pendiente de cada detalle. Quizá pensaba en la muerte de la madre aún más que ella.

Aunque se acostó a la hora habitual, no pudo dormir. Aún daba vueltas en la cama cuando oyó que su padre llegaba y se levantó. Él frunció el ceño al verla.

—¿Qué hacés despierta a esta hora?

Se encogió de hombros.

—Me desvelé. Y te quería contar algo: hoy recibí un mail de Beth.

—Beth era... —dejó su bolso en un sillón y se quitó el abrigo— ¿hija de Maggie o de Rachel?

—De Maggie. La mayor. Bueno, se casa en ocho meses y nos invita.

—¿En Londres? —Caminó hacia la cocina y sacó una botella de agua de la heladera.

—Sí. Me gustaría ir, papá.

—No sé, Sol, es muy caro. Dos pasajes, más la estadía... ¿Querés agua?

—No, gracias. Nos invitan a parar en lo de Granny. No tendríamos que pagar hotel.

—Igual, no es el momento... —miró el reloj—. Es muy tarde.

—Pa, a mí me gustaría saber más sobre mamá. Ver dónde vivía, hablar con su familia...

—Mmm, sí. Bueno, lo charlamos mañana. Ahora andá a dormir.

Empezó a caminar hacia su habitación, pero cambió de idea y se detuvo.

—Vi lo de Felipe Pinedo.

El sobresalto de su padre fue evidente, aunque intentó disimularlo.

—¿Qué?

—La nota que estabas leyendo esta mañana. Felipe Pinedo. Es comisario.

Por un rato no dijo nada. Sol llegó a pensar incluso que iba a darse vuelta sin contestarle. Pero asintió.

—Sí, es comisario.

—¿Por qué nunca hablamos de eso?

—Porque es muy duro. Porque no ganamos nada —Se acercó, le pasó un brazo por los hombros y le dio un beso en la cabeza—. Ahora andá a dormir, hija, es demasiado tarde.

20.

En los días siguientes la noticia empezó a diluirse. Otros hechos habían saltado a los titulares y, a falta de novedades, la desaparición de Tommy Fox y la muerte de Convertini se habían reducido a pequeñas notas en las últimas páginas. Esa mañana Sol echó una mirada general y solo encontró un título que se repetía con escasas variantes en varios diarios: "Diez días sin Tommy Fox". Los números redondos siempre venían bien.

—Diez días, un mes, cinco años, un siglo: es el periodismo-aniversario. La excusa numérica sirve para publicar cualquier cosa —le dijo esa tarde a Tatú.

Él levantó las cejas.

—¿Tenemos un día super crítico?

—No más que lo habitual —sonrió—. Quisiera sacar algo en el blog de este asunto, pero no está pasando nada.

—¿Qué hay de tu informante secreto?

—¿Timón? Nada, silencio absoluto.

—Pero en estos días algo tiene que pasar: Fox no puede haberse desvanecido en el aire. ¿Vos creés que está secuestrado?

—No, ya no lo cree nadie. No puede pasar tanto tiempo sin que pidan un rescate. Tampoco hubo un solo testimonio de alguien que lo haya visto. Todo parece indicar que está muerto. La hipótesis más fuerte es que fue un secuestro que salió mal, él quiso escaparse y lo mataron... Pero no hay cuerpo ni sospechosos.

—¿Y las chicas detenidas?

—Se supone que las están por soltar. Es increíble que no lo hayan hecho todavía: no hay ninguna prueba que las comprometa. Pero es lo de siempre cuando hay un famoso involucrado: todos se mueren de miedo ante lo que puedan decir los medios.

Tatú sonrió.

—Definitivamente, es un día ultra crítico. Creo que un café con algo dulce en la esquina te puede apaciguar.

—Vamos.

Se sentaron junto a una ventana y pidieron dos cortados y una porción de torta para compartir. Tatú acababa de meterse una abundante cucharada en la boca cuando abrió grandes los ojos y señaló hacia el frente.

—Mmm —tragó con dificultad—. Mirá eso.

Sol se dio vuelta: su mano apuntaba a la pantalla colgada en la pared. Estaba sintonizado un canal de noticias y una placa sobreimpresa decía: "¿Accidente o atentado? Un testigo del caso Convertini gravemente herido tras caer de un primer piso". Se sintió algo mareada mientas se levantaba y caminaba hacia el televisor. El locutor movía la boca, pero no había sonido. Ella se

puso en puntas de pie y tocó nerviosamente el costado de la pantalla. No encontraba ningún botón. Estaba intentando con el otro costado cuando se le acercó por la espalda uno de los mozos con una bandeja cargada.

—Tenés que pedirle al encargado, Sol —susurró—, pero te aviso que nunca quiere. Ni el partido nos deja escuchar.

Iba a ser más rápido correr a la redacción. Volvió a la mesa y, aún de pie, tomó un trago largo de café, hasta acabarlo.

—Tatú, pagame mi parte, después te devuelvo —dijo mientras agarraba su cartera y corría, sin escuchar la respuesta.

La expresión desolada de Juárez se lo confirmó antes de preguntar. Era Santiago Rímini. Había caído del primer piso de la obra en construcción donde trabajaba y estaba inconsciente, internado en un hospital. Entre sus pertenencias habían encontrado una botella de vino a medio tomar, por lo que la policía sospechaba que el alcohol podía haber sido la causa de la caída.

Pero tampoco descartaban un atentado. Sol se sentó, el mareo había empeorado.

—¿Vos qué pensás?

—No sé —respondió en voz baja Juárez—. Voy para allá.

—Te acompaño.

Esta vez, él ni siquiera se resistió. En el camino no hablaron, aunque ella tuvo la impresión de que la preocupación por el estado de Rímini era un lazo que por primera vez los estaba acercando. La preocupación

y algo más. Una sensación molesta, que se le había instalado en la boca del estómago. ¿Habían influido de alguna manera en lo que había sucedido? Cuando faltaban pocos metros para llegar al lugar una moto pasó velozmente a su lado y le provocó un sobresalto que Juárez percibió.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Estás muy nerviosa?

—No, nada —dijo mientras se agachaba a ajustar el cordón de una zapatilla que no lo necesitaba. Era una sensación de culpabilidad lo que le anudaba la garganta. A su cabeza volvían las imágenes del encuentro con Rímini, el pudor con que había posado para las fotos, su voz suave que respondía: "Sí, creo que lo reconocería". ¿Se había condenado con esa frase?

Juárez se detuvo en la vereda del frente y miró la obra en construcción. Ella siguió su mirada.

—Ahí arriba, parece haber algo roto —dijo—. Hay unas cintas.

Sí, ahora alcanzaba a ver, unas cintas naranjas. Luego cruzaron y él volvió a detenerse. Miraba una mancha oscura en el piso.

—Seguramente cayó ahí. Y mirá —señaló a un costado—, un zapato.

Era, en realidad, una zapatilla, tipo alpargata. Sol vio que él sacaba su libreta y tomaba nota.

—¿Es importante? —preguntó.

—No, no creo. Pero con eso voy a empezar la nota: la zapatilla que perdió al caer. Es lo único que después van a recordar los lectores.

La policía impedía el acceso a la obra y un nutrido grupo de gente se había juntado en la puerta. En su

mayoría eran los trabajadores, que se habían enterado de la noticia al llegar, y volvían una y otra vez sobre lo poco que sabían. Todo había sucedido a la madrugada, cuando Rímini estaba solo, les explicaron.

—Sí, le gustaba tomar un poco —dijo el capataz—, pero nunca se había emborrachado durante las horas de trabajo. Todavía no sabemos nada: está inconsciente y no pudo hablar.

—¿Quién lo encontró? —preguntó Juárez.

—Un vecino lo vio y llamó a una ambulancia.

—¿Cómo es el lugar desde donde cayó? ¿Hay alguna protección?

—Sí, hay una defensa de madera, que ahora está rota. Quizá tropezó, se fue encima de la defensa y la rompió con el cuerpo —el capataz fruncía el ceño—. No sé.

En ese momento el agente de guardia se hizo a un lado para dejar pasar a un grupo que salía de la obra. Había dos hombres con guardapolvos y bolsos: los peritos. Los seguían dos policías de uniforme y finalmente un tipo alto y corpulento con traje oscuro. No tenía identificación pero no había que ser un genio para reconocerlo como un policía de mayor rango. Juárez sonrió al verlo.

—A ese lo conozco —susurró antes de salir tras él.

Volvió diez minutos después con expresión satisfecha.

—Tengo algo, Solcito.

—Contame.

—Encontraron una pequeña mancha de sangre en el primer piso y unas maderas rotas. Pudo haber una pelea. Una hipótesis posible es que alguien lo asustó, quiso escapar y saltó desde el primer piso. No era una

distancia muy grande, pero tuvo mala suerte: la cabeza dio contra un caño.

—Fue por lo que dijo —murmuró ella—. Lo atacaron por lo que nos dijo.

—Quizá —dijo Juárez, pero no la miró.

Mientras caminaban de regreso al diario le preguntó qué iba a escribir sobre lo sucedido. No tenía más que versiones, argumentó, nada firme, nada que sostuviera la historia. Juárez sonrió.

—Mucho condicional, Sol.

—¿Qué?

—"Se *habría* producido una pelea...", "Rímini *habría* caído...". Es lo que uno hace cuando no sabe: usa el condicional.

El tono resultaba un poco exasperante, pero ella lo pasó por alto. Le pareció que estaba aprendiendo algunas cosas.

21.

El impacto de lo sucedido con Rímini no duró mucho porque al otro día salió a la luz la noticia más inesperada, la que dejó a medio país con la boca abierta. A esa altura todo el mundo estaba convencido de que Tommy Fox estaba muerto y tarde o temprano aparecería su cuerpo. Por eso en un primer momento muchos creyeron que la noticia era en realidad un chiste de mal gusto, una mentira que había echado a rodar con éxito algún bromista.

Empezó a circular poco antes del mediodía. Por la ausencia de dos profesores, Sol había salido del colegio a media mañana y llegó al diario a esa hora temprana en que la redacción siempre le resultaba un lugar extraño y algo inquietante. Con poca gente, los televisores aún apagados y amplios sectores a oscuras, se imponía un silencio que por algún motivo llevaba a los pocos presentes a hablar en murmullos. Más que una redacción se parecía a un teatro sin actores.

Estaba conversando con la chica de la recepción cuando Juárez entró, pasó a su lado corriendo

–literalmente corriendo– y se metió en la redacción. Ella lo siguió, curiosa por saber cuál era el incendio que había que apagar. Cuando se acercó él no le quiso hablar. Con una mano pasaba los títulos de los cables en una agencia de noticias y con la otra sostenía el teléfono.

Poco antes le había llegado el rumor e intentaba confirmarlo. Juárez era por entonces uno de los pocos periodistas del diario con suficiente juventud, ambición y ansia de fama como para conservar la excitación de la gran noticia y la emoción de ver su nombre impreso al día siguiente. Sol apostaba a que terminaría yéndose a la televisión, donde había más protagonismo y dinero.

Cuando encontró lo que buscaba saltó de la silla.

—¡Mierda, era cierto!

Había gritado sin darse cuenta. Sol se acercó a la pantalla y leyó el cable. Estaba fechado seis minutos antes.

Urgente: Tommy Fox está vivo.

Lo afirma la productora de sus shows.

Sigue ampliación.

—¿Y dónde está?

—No sé —dijo Juárez mientras buscaba en la agenda de su celular los números de la productora Showbiz. Tenía tres, pero durante cinco eternos minutos todos dieron ocupado. Seguía intentándolo cuando se le ocurrió revisar su correo electrónico. Y ahí estaba: el comunicado oficial de la productora. Dejó el teléfono y lo leyeron juntos.

La productora Showbiz S.A. desea informar al público que el artista Tommy Fox ha sido localizado y en las próximas horas emprenderá el regreso a los Estados Unidos. El señor Fox sufrió en días pasados una crisis nerviosa por la que fue medicado y aislado en una clínica. Su delicado estado de salud le impidió tomar contacto con sus allegados y no tuvo conocimiento de la preocupación generada por su ausencia. Tanto él como su equipo lamentan profundamente los problemas causados y ofrecen sus sinceras disculpas a quienes pudieron resultar afectados.

Se miraron. Juárez fruncía el ceño.

—¿Una crisis nerviosa? ¿Y nadie lo sabía hasta ahora?

—¿Y quién lo atendió? —preguntó Sol—. ¿Dónde? No dicen nada de eso.

—Suena trucho.

—Totalmente.

Ese descreimiento se repitió con escasas variantes en cada redacción donde a lo largo del día se oyó la noticia. Pronto empezaron a circular las más dispares versiones del hecho. Algunos decían que en realidad la productora había logrado que liberaran a Tommy tras pagar un jugoso rescate, pero no lo querían admitir. Otros sostenían que lo que el músico había sufrido era una sobredosis de variadas sustancias y estaba en tal mal estado que no se atrevían a mostrarlo.

Fueron tantos los rumores y tanta la presión de los medios que esa misma tarde la productora se vio

obligada a ofrecer una conferencia de prensa con Tommy presente. Esta vez Juárez se negó a llevarla y Sol tuvo que resignarse a verla por televisión.

Aprovechó la oficina de su padre, que estaba vacía. La trasmisión ya había empezado y era evidente que el salón del hotel contratado para la ocasión había quedado chico ante la multitud de periodistas, fotógrafos y camarógrafos que pujaban por entrar. En un improvisado escenario ya se habían ubicado los productores, el representante y el traductor. Pero a Tommy hubo que esperarlo. Cuando finalmente entró, acompañado por sus guardaespaldas, se oyó una exclamación colectiva y los fotógrafos dispararon al unísono, como un pelotón que ha recibido la orden. Él levantó una mano, un gesto incierto que podía ser tanto un saludo como un pedido de clemencia ante esas luces que lo cegaban. Se lo veía raro, muy delgado, incómodo. La cámara lo acercó a los televidentes hasta un cruel primerísimo plano. Su piel estaba muy blanca, quizá lo habían maquillado. Llevaba un gorro de beisbolista azul que echaba sombra sobre sus ojos y la boca fruncida en un rictus que le daba una expresión diferente. Amarga, pensó Sol.

Julio Luzzani, un directivo de la productora, tomó el micrófono.

—Por favor... por favor... Les pedimos a los fotógrafos unos minutos de calma. Ahora Tommy va a leer una declaración que preparó, que será traducida en simultáneo.

Fox se acercó al micrófono y miró hacia adelante. No a los periodistas, ni a los fotógrafos, ni a su equipo. Miraba a las cámaras y más allá: a la gente que estaba del otro lado. Y por un momento fue el

antiguo Tommy. Se aclaró la garganta y esbozó una sonrisa tenue.

"Queridos amigos:

Estoy aquí hoy para agradecer el apoyo recibido y también para pedir disculpas. Como ya saben, pasé por unos días difíciles en que mi salud se resintió. Estuve aislado y no supe nada de lo que sucedía. Lamento con toda el alma la inquietud que provoqué. Le pido perdón a mi público, a mis queridas *foxgirls*, a Daniela y a Marcela por todos los problemas causados. Hoy necesito regresar a mi país y tomarme un descanso. Pero les prometo que apenas esté recuperado volveré a la Argentina a entregarme a ustedes, como lo merecen. Muchas gracias. Los amo".

Cuando terminó apoyó el micrófono en su base y se dio vuelta. La sala estalló en un griterío confuso, en que cada periodista intentaba imponer su pregunta mientras los fotógrafos disparaban como poseídos y la gente de la producción hacía inútiles gestos para recuperar la calma. Uno de los guardaespaldas rodeó con un brazo a Tommy y lo sacó de allí.

—Por favor, por favor... —Luzzani había vuelto a tomar el control—. Tommy no está en condiciones de responder a sus preguntas, por eso lo vamos a hacer nosotros. Les ruego que levanten la mano y alguno de los asistentes les va a acercar un micrófono.

La primera fue una periodista radial.

—¿Dónde estuvo Tommy todos estos días?

—En una pequeña clínica de la Provincia de Buenos Aires. No estoy autorizado a revelar el nombre. Les ruego que sepan entender que esto es un tema de salud privado.

Otra mano se alzó.

—Pero la policía lo estuvo buscando durante diez días, hasta hubo detenidas... ¿cómo no les avisaron dónde estaba?

—Sí, lamentamos mucho esta situación. Nosotros no conocíamos su paradero.

—¿Y los médicos que lo atendieron?

Luzzani tosió.

—Los médicos no sabían quién era. Ustedes seguramente saben que Tommy Fox es su nombre artístico. Ellos vieron su nombre real en la identificación, Daniel Thomas Foxenberg.

—¿Y no lo reconocieron?

La incredulidad en el tono del periodista fue evidente.

—No, no lo reconocieron. Tommy estaba sufriendo una crisis y los médicos se concentraron en ayudarlo.

—¿Cuál es exactamente el problema de salud de Tommy?

—Nuevamente, les ruego que entiendan... —la expresión de Luzzani mostraba su disgusto—. Esta es una cuestión privada. Como ya dijimos, la salud psíquica de Tommy estuvo afectada. Bueno, señores, les agradecemos su presencia...

La mano de Juárez llevaba alzada un rato, pero nadie le alcanzaba el micrófono. Decidió gritar su pregunta.

—Luzzani, había una persona con Tommy esa noche. El que lo llevó en auto cuando salió disfrazado del hotel. Él tenía que saber. ¿Quién es? ¿Cómo no avisó lo que estaba pasando?

Luzzani volvió a acercarse al micrófono con gesto irritado.

—Es uno de nuestros asistentes de producción. No dijo nada porque Tommy le había hecho prometer que mantendría silencio sobre su situación. Sin duda, fue una decisión equivocada, pero sus intenciones eran buenas. Tenemos que terminar acá...

Una voz surgió del fondo.

—¿Y cómo se relaciona esto con la muerte del fotógrafo?

El tono de Luzzani fue gélido.

—No se relaciona de ninguna manera. Tommy no tuvo nada que ver con ese episodio. Muchas gracias por venir.

La gente siguió gritando, pero fue inútil. No hubo más respuestas.

22.

En teoría el caso estaba cerrado. Tommy Fox había aparecido sano y salvo, pronto se volvía a Estados Unidos y sus familiares y fans celebraban el final feliz. Se suponía que era una buena noticia. Pero a Sol no se le iba la sensación de incomodidad ante ese desenlace. Necesitaba discutirlo con alguien y fue en busca de Frazoni.

—¿A vos te cierra, Frazo?

Él movió la cabeza mientras se paraba con dificultad.

—Caminemos un poco. Hoy mi pierna está fatal.

La tomó a Sol por el hombro mientras iban hacia la recepción. Ella percibió que no era tanto un gesto de afecto como la necesidad de un sostén y le rodeó la espalda con su brazo.

—¿Andás mal?

—No, querida, no te preocupes. Solo estuve demasiado tiempo sentado. Y, como vos sugerís, el caso no cierra por ningún lado. Habría que ir a escarbar a la productora: es ahí donde está el secreto. Me encantaría

meter la nariz en ese asunto. Pero le dieron el tema al chico este que, francamente...

No terminó la frase porque en ese momento lo vieron entrar a Juárez. Al pasar junto a ellos se detuvo y le guiñó un ojo a Sol.

—Supongo que lo viste, ¿no?

—Sí, pero dijeron tan poco...

—No hubo manera de que aceptaran más preguntas. Pero después te comento algunos datos que pesqué...

Era tan evidente que buscaba excluir a Frazoni que Sol tuvo ganas de irse para evitar la incomodidad. Pero fue Frazoni el que anunció que iba a comprar cigarrillos. Juárez lo miró renguear hasta la salida con una sonrisa irónica.

—¿Tomabas clases con el abuelo?

Sol frunció el ceño pero no respondió a la broma.

—Decime, ¿qué va a hacer la policía con esto?

—Nada. ¿Qué pueden hacer? Al fin y al cabo acá no hay ningún delito. El pibe desapareció unos días, nada más. Es probable que alguna gente de su equipo supiera dónde estaba y no lo dijeron para tapar los secretos de Tommy... pero tampoco eso es un delito. Las que pagaron el pato fueron las pobres fans, Daniela y Marcela. Por supuesto, ya las liberaron.

—¿Y el asesinato de Convertini? ¿Y Rímini?

—Es un asunto independiente. La hipótesis más fuerte es que lo de Convertini fue una venganza, quizá el asunto ese del sicario... Y Rímini... ni siquiera está confirmado que fuera un atentado. Y ahora, Solcito, tengo que escribir: cincuenta líneas para la edición digital y ciento veinte para mañana. Alguien tiene que trabajar en este lugar.

También Sol quiso escribir algo para su blog, pero aunque le dio muchas vueltas al asunto no pudo hacerlo. Todo le resultaba demasiado confuso, demasiado sospechoso y no encontraba un eje para desarrollar. Revisó varias veces sus mensajes, en busca de alguna señal de Timón que pudiera iluminarla, pero no había nada. Llevaba días sin comunicarse, lo que no hacía sino aumentar su suspicacia. Si él estaba involucrado, le convenía este frenesí mediático concentrado en otro lado –primero las chicas, ahora Tommy Fox– para que nadie se ocupara de Convertini. Pero Sol no podía negar que, suspicaz y todo, ansiaba recibir alguna señal de él que la orientara en esa confusión.

Ese día Felisa no había ido a trabajar, de modo que cenó a solas con su padre. Obviamente, pizza. Él aprovechó la oportunidad para hacerle preguntas que venía guardándose.

—Te vi el otro día en el café con este chico... Tatú —dijo mientras le servía una porción—. ¿Pasa algo?

—¿Algo? No, ¿qué va a pasar? Somos amigos.

—Lo comento porque últimamente te vi muchas veces con él.

—Sí, ya te dije, somos amigos.

Por supuesto, ella también se preguntaba si eran solo amigos. Estaba el asunto de las golosinas y quizás había un leve flirteo, pero nada demasiado significativo. Se divertían juntos y por el momento ella se inclinaba por esperar a ver qué pasaba, si es que algo pasaba. Pero no pensaba hablar nada de esto con su padre.

Él masticó lentamente un bocado de pizza y volvió a mirarla. Era obvio que no iba a dejar el tema.

—Creo que es demasiado grande para vos, Sol. A esa edad las cosas son diferentes...

Riesgo de conversación seria, pensó ella. Quizás de sexo. No estaba de humor para eso.

—Pa, ¿podés cortarla? Somos amigos y listo. —Decidió contraatacar—. ¿Pensaste lo de Londres?

—¿Lo del casamiento? Sí, lo estuve pensando.

—¿Y?

—Creo que podrías ir vos.

—¿Sola?

—Sí, sola. Así resulta más económico. Ellos te pueden ir a buscar al aeropuerto y...

Lo interrumpió.

—¿Es por la plata o hay otro motivo?

Él le sirvió otra porción sin preguntarle.

—La plata es un punto —dijo—, pero no es el único. Mirá, yo entiendo que vos quieras conocer mejor a la familia de tu madre. Pero no es lo que yo quiero ahora.

—¿No te caen bien?

—Sí, me caen muy bien. No es eso. Es que... son muchos recuerdos.

La voz se le había adelgazado y Sol temió que se derrumbara. Solo una vez lo había visto llorar de verdad y no había sido fácil de soportar. Le apretó una mano.

—Está bien, si no tenés ganas no vamos.

—No, no —hizo un esfuerzo y sonrió—. Tengo ganas de que vos vayas. Vas a divertirte, tus primos te van a pasear por todos lados... Y de paso mejorás tu inglés, que anda medio flojo.

Ella se rio y dejó los cubiertos sobre el plato.

—No terminaste —observó Diego.

—No tengo más hambre. Igual, la pizza está fría.

Más tarde dijo que quería acompañarla a la casa. A Sol no le gustó: meses atrás lo había convencido de que tenía edad suficiente para volver sola y temió que estuviera retrocediendo.

—No, no es que haya cambiado de idea —sonrió Diego antes de que ella pudiera objetar—. El cierre está tranquilo y tengo ganas de estirar un poco las piernas. Hoy estuve todo el día metido en reuniones.

En el camino hablaron sobre el caso Fox. Él coincidía en que había algo oscuro en la historia, algún secreto que desconocían. Mientras lo decía le pasó un brazo por los hombros, una costumbre que mantenían desde que a los doce años Sol se había negado a seguir caminando de la mano.

—Pero probablemente nunca se sepa. En estos días el chico se vuelve a Estados Unidos y todo el mundo se olvida del caso.

—¿Y la muerte de Convertini? ¿No te parece demasiado casual que las dos cosas hayan pasado en la misma noche?

Movió la cabeza.

—Sí, es extraño. Yo no soy un amante de las casualidades, pero a veces suceden, Sol. Y, teniendo en cuenta que no hay hasta ahora ningún indicio, es probable que lo de Convertini tampoco se resuelva.

—¿No te mata? ¿No saber nunca la verdad?

Sonrió.

—No, no todas las verdades me importan tanto.

Habían llegado a la puerta de la casa y se inclinó a darle un beso.

—Ah, sobre lo del otro día... Lo que dijiste del policía, Pinedo. Quizá fui un poco terminante. Ya va a llegar el momento de conversarlo.

Posiblemente esa frase había sido el objetivo de la caminata, pensó Sol.

—Yo quiero saber, papá.

Él asintió mientras le acomodaba tras la oreja un mechón de pelo que se le iba a los ojos.

—¿Saber qué, exactamente?

—Todo. Quién le disparó, cómo fue, por qué actuaron así... Qué pasó con esos policías. Si hay algo más, algo que no sepamos.

Diego asintió, aunque en su mirada Sol creyó percibir una cierta inquietud.

—No sé si alguna vez sabremos todo. Pero lo entiendo. Ya lo vamos a hablar.

Le dio otro beso y esperó a que entrara antes de irse.

23.

La reaparición de Tommy Fox volvió a movilizar a las fans a la puerta del hotel, si bien nadie sabía con seguridad si estaba alojado allí. Pero ya no era lo mismo. El número de chicas se había reducido y también su fervor. Cuando Sol pasó por ahí al mediodía ninguna de las cabezas del club estaba a la vista. Se preguntó si la experiencia pasada había extirpado la pasión de Daniela y Marcela. Si el amor se había convertido en odio.

Se estaba yendo cuando alcanzó a oír el rumor que provocó una estampida: Tommy, decían, estaba camino a Ezeiza para tomar el avión que lo llevaría de vuelta a Estados Unidos. Lo vio más tarde por televisión: un tumulto de fotógrafos, camarógrafos y fans bloqueaba el acceso a la puerta de abordaje y el personal de seguridad hacía infructuosos esfuerzos por dispersarlo. Finalmente apareció la policía aeronáutica, que logró abrir un pasillo a través del cual avanzó Tommy, protegido por sus dos voluminosos guardaespaldas. Quizá fue el contraste con esas espaldas macizas, o la amplia remera negra que volaba en torno a su cuerpo, pero le pareció más delgado

aún. Caminaba con cautela, algo tieso, como un convaleciente. En el último instante, antes de atravesar la puerta, giró y miró a las cámaras. El blanco impecable de sus dientes brilló con las luces de la televisión cuando abrió la boca para gritar:

—*I'll be back, Argentina! I love you!*

La frase provocó una explosión final de la multitud, una ola de frenéticos gritos, flashazos y carteles agitados con furor, esos carteles confeccionados a último momento que prometían quererlo, esperarlo, no olvidarlo. Un momento después las puertas se cerraron, los gritos cesaron y los carteles fueron enrollados. Lentamente, la multitud se deshizo. Sol pensó que no lo verían nunca más.

Tampoco pensaba tener más noticias de Timón, pero esa tarde la sorprendió un nuevo mensaje. No solo la sorprendió su reaparición, sino la naturaleza del mensaje, que desafiaba sus presunciones.

"Esperaba un artículo suyo que cuestionara estas explicaciones increíbles sobre la desaparición de Fox —decía—. ¿Cómo es posible que ningún medio haya logrado ir más allá, que nadie haya investigado qué pasó durante esos diez días de su supuesta 'crisis nerviosa'? Además, todo el mundo parece haberse olvidado de que Convertini murió la misma noche en que desapareció Fox.

"Le propongo que intentemos avanzar juntos en este camino. Lo último que se sabe de Tommy Fox es que subió a un Peugeot azul, seguramente el que alcanza a verse en una de las fotos que usted publicó. El otro dato es que fue un asistente de la productora Showbiz el

que lo acompañó. Esa es la punta del hilo del que hay que tirar para descubrir qué pasó. ¿Acepta el desafío?".

Entonces Timón quería buscar la verdad. Quizá sus sospechas habían sido pura fantasía. O quizás intentaba manipularla otra vez. En cualquier caso ella quería aceptar el desafío. Solo que no sabía por dónde empezar.

Lo que hizo finalmente, y no sin algo de vergüenza, fue sacarle información a Juárez. Esa tarde se acercó distraídamente a su escritorio y le preguntó qué novedades había del caso. Se lo veía malhumorado.

—Estoy con otro tema, una fuga en un penal —suspiró—. Es que no pasa nada: Fox se fue y no hay nada nuevo sobre la muerte de Convertini...

—¿Cómo que te cambiaron de tema? —Su tono sonó genuinamente escandalizado—. Yo estaba segura de que ya tenías algo del tipo que estuvo con Fox cuando salió del hotel. Es el que sabe todo, ¿no?

El comentario lo fastidió más aún.

—Sí, yo quería seguir con eso... Ya tengo el nombre: un contacto en la productora me dijo que podría ser un pibe que se llama Federico, no sé el apellido. Pero... —de pronto la miró con preocupación—. No vayas a decir nada de esto.

—Por supuesto. ¿Y qué pasó con ese pibe?

—Hace días que no va por la productora. Según mi contacto puede ser que haya tenido un accidente.

Diez minutos más tarde Sol estaba en su cubículo llamando a Showbiz. Atendió una voz femenina con tono seco y formal de secretaria.

—¿Está Federico? —preguntó.

—No, no está. ¿De parte de quién?

No había pensado qué decir y lo primero que vino a su cabeza fue el nombre de una compañera de la escuela primaria.

—Diana Bermúdez. ¿Cuándo lo puedo encontrar?

—Federico está con licencia —dijo con lo que pareció cierta reticencia—. ¿Por qué asunto es?

—Es personal, soy una amiga. —De pronto se rio—. Ay, disculpame, pero no sé si estoy equivocada, tengo dos Federicos en mi agenda y capaz marqué mal. ¿Es Federico Núñez, no?

—No. —El tono se aflojó—. Federico Pereira.

—Ay, claro, Fede Pereira, perdón, me equivoqué. Ah, me enteré que tuvo un accidente, ¿no?

—Sí, creo... —volvió a dudar—. ¿Sos una amiga, dijiste?

—Sí, no te preocupes, lo llamo a la casa. Gracias.

Cuando cortó se sentía absurdamente satisfecha de sí misma, como si acabase de resolver el caso. Un minuto después su orgullo se desinfló. Tenía el nombre y la confirmación del accidente. ¿Y con eso qué? Era obvio que no lo iba a encontrar por la guía: los Pereira eran miles.

Pensó que, si ese era un trabajo conjunto, bien podía empezar a compartir su descubrimiento y le escribió a Timón.

"Tengo el nombre del asistente de la productora que acompañó a Fox: Federico Pereira. Está de licencia porque tuvo un accidente".

Recibió la respuesta minutos más tarde.

"Excelente información —decía—. Yo estoy investigando, en breve le mandaré algo".

El resto fue esperar.

24.

El feriado del día siguiente le permitió levantarse pasadas las doce con esa sensación plácida que producen en el cuerpo diez horas de sueño seguidas. A esa altura su padre ya había leído los diarios y estaba sentado en el sofá, pasando canales en la televisión con evidente malhumor. Odiaba los feriados: igual había que hacer el diario, decía, y nunca pasaba nada.

—¿Por qué esa cara? —le preguntó Sol mientras se servía el café.

—Se me acaba de caer la única tapa posible. Y, obvio, no hay nada. Lo más emocionante es un incendio sin heridos. No sé qué vamos a inventar.

Sol fue a su habitación y prendió la computadora. Estaba haciendo un solitario con la mente en blanco cuando entró un mensaje de Timón. Era breve y, sin embargo, prometía tanto que le aceleró el corazón.

"Julián, creo que encontré la respuesta. Le envío un enlace, ya va a ver de qué forma esa historia explica

todo. Ahora le queda a usted hacer el trabajo periodístico".

El enlace abría una breve nota de *Cañuelas Hoy*, un diario local de esa ciudad bonaerense. La leyó atropelladamente y en un primer momento se le escaparon todos los datos importantes. Tuvo que bajar de revoluciones y leerla dos veces más antes de concluir que Timón estaba en lo cierto. La fecha era el 30 de mayo, un día después de la desaparición de Fox y la muerte de Convertini.

Atropellan y dejan abandonado a un hombre en la ruta 205

En la madrugada de ayer, un auto que circulaba a alta velocidad por la ruta 205 atropelló y dejó gravemente herido a un hombre que iba en bicicleta. Un testigo que declaró ante la Policía dijo haber visto cómo el vehículo embestía al ciclista y tras detenerse brevemente partía sin auxiliarlo.

La víctima es Alberto Gálvez, de 58 años y residente en Vicente Casares. Minutos después del accidente fue trasladado al Hospital de Cañuelas, donde permanece internado en estado reservado.

El testigo, cuyo nombre no fue divulgado, afirmó que Gálvez circulaba en su bicicleta por el costado de la ruta. Aún era de noche y la visibilidad era baja por la neblina. Cuando fue embestido por el auto, que según el testigo iba a altísima velocidad y haciendo zigzags, el cuerpo de Gálvez voló y golpeó contra la luneta, que quedó destrozada. Luego cayó al asfalto.

El testigo explicó que, tras el choque, el auto se detuvo y bajaron dos hombres, heridos por la explosión del cristal. Uno de ellos gritaba conmocionado. Se acercaron a Gálvez que estaba inconsciente en el suelo y, tras una breve discusión, volvieron a subir al auto y partieron. El testigo no pudo ver la patente, pero aseguró que se trataba de un auto pequeño, color azul oscuro.

Lo leyó por cuarta vez. Si todo era como parecía ser, significaba que Tommy Fox era cómplice de un delito grave. Por eso se había escondido.

De pronto tuvo mucho calor. Se levantó, se sacó el suéter y dio vueltas por la habitación mientras pensaba en el mensaje de Timón. Le estaba señalando el camino: este episodio explicaba todo lo sucedido. ¿Pero si no era así? ¿Y si esto no era más que una casualidad, un accidente donde había intervenido un auto similar? ¿Si Timón le estaba dando pistas falsas?

Lo que tenía que hacer era obvio: localizar a la familia. Volvió a su silla. No fue difícil, solo había un Gálvez de Vicente Casares en la guía. Atendió una voz masculina y Sol le explicó de una forma un tanto confusa que trabajaba en un sitio de noticias de internet y quería hacerle un par de preguntas sobre el accidente a algún familiar de la víctima. Tras una vacilación inicial el hombre dijo que era el hermano de Alberto.

—Una cosa muy triste —suspiró.

—¿Cómo está su hermano?

Hubo un instante de silencio.

—Pensé que sabía. Falleció hace dos días.

Sol se puso roja.

—Lo siento muchísimo —tartamudeó—, no tenía idea.

—Ayer lo enterramos.

—Solo quería preguntarle si saben algo más del auto que lo atropelló. Algún dato del conductor...

—Yo no sé nada. El que vio todo fue Rogelio.

—¿Rogelio? ¿El testigo?

—Sí, Rogelio. ¿Quiere hablar con él?

—¿Qué, está ahí?

—Vive al lado. Si quiere se lo busco.

Solo tuvo que esperar cinco minutos hasta que apareció en la línea una voz agitada. Parecía haber ido corriendo.

—Habla Rogelio García —dijo.

Sol trató de explicar otra vez de qué medio era, pero al hombre no le importó mucho: claramente estaba dispuesto a repetir su historia las veces que fuera necesario. Bastó una pregunta para que largara casi sin respirar todo lo que había visto, desde el principio al final: la neblina en la madrugada, el auto que venía zigzagueando, Gálvez que pedaleaba despacito, el impacto, el cuerpo volando, la huida.

—¿Y usted dónde estaba?

—En la puerta de casa. Había salido a fumar un cigarrillo porque mi señora no me deja hacerlo adentro. Y lo vi a Gálvez, que volvía del trabajo en la fábrica. Le

rotaban los turnos, sabe, y a veces llegaba así, de noche tarde, en la bicicleta. Yo le decía que...

—Y los hombres —lo interrumpió—, los dos que se bajaron del auto, ¿cómo eran?

—No pude ver bien las caras. Jóvenes, parecían. Me pareció que estaban heridos. Uno gritó un poco, pero no entendí nada: creo que hablaba en otro idioma. Ese tenía una ropa rara.

—¿Rara cómo?

—Un traje entero, como el que usan algunos laburantes. Con unas bandas color naranja.

—¿Cómo el uniforme de los recolectores de basura?

—Sí, algo así. Y una gorra, eso también: tenía una gorra con la visera para atrás. ¿Sabe una cosa? No sé quién llamó a la ambulancia.

—¿No llamó usted?

—Yo me desesperé cuando vi todo y corrí hacia él. Estaba hecho pelota, pobre Gálvez, tirado en el asfalto. Entonces volví a correr a mi casa y le grité a mi señora que llamara. Pero no habían pasado ni tres minutos y la ambulancia ya estaba ahí. Alguien más los llamó.

Sol le agradeció y cortó. Pensó que lo que tenía en sus manos podía cambiar la vida de varias personas. Le dio frío y volvió a ponerse el suéter.

25.

Se tomó un día para pensar y escribir el artículo. Tenía que ir con cuidado y usar muchos verbos en condicional, pensó recordando a Juárez. Pero una vez que repasó la historia se sintió segura de que así habían sido las cosas: era una secuencia lógica y explicaba todo lo que había sucedido. La vio, escena a escena, en su cabeza. Tommy dejaba el hotel en el camión de basura y se subía al auto de Federico. Sabían a dónde ir, seguramente era una cita arreglada previamente y tomaban la ruta en dirección a Cañuelas. Iban rápido, muy rápido. Y de pronto el ciclista surgía de la nada. Venía entonces el impacto, el vidrio roto, los gritos. Cuando bajaban lo veían tirado en el asfalto, inconsciente. Y decidían no quedarse a ayudarlo. Tommy estaba aterrado, por supuesto: podía ser detenido. Quería ocultarse y no le había importado nada, ni la suerte de las chicas, ni la preocupación de la gente. Solo que no se supiera, que las huellas del accidente desaparecieran de su cuerpo antes de dejarse ver, antes de escapar del país y de lo que habían hecho.

No le costó escribirlo, tenía la información y la declaración del testigo. Pero le costó soltarlo. Repasó muchas veces el texto y cada vez que iba a clickear en el botón de "publicar" su mano dudaba. Una inquietud le subía del estómago a la garganta y se instalaba ahí, como un filo cortante. No era Tommy quien le preocupaba, él ya estaba muy lejos. Era el otro, Federico, para quien la vida iba a cambiar en un instante y para siempre.

Demasiados escrúpulos, pensó. Esa era una frase de su padre: demasiados escrúpulos complican el ejercicio del periodismo. Se repitió muchas veces que el chico era culpable, que había abandonado a un hombre al borde de la muerte. Y apretó publicar.

Después le mandó un mensaje a Timón, pidiéndole su opinión, y fue en busca de Juárez. Se lo debía.

Lo encontró con el teléfono en la mano, intentando contactar a alguien de Showbiz que no lo atendía. Y de evidente malhumor.

—Estoy ocupado, Sol —se atajó de entrada—, necesito ochenta líneas para la edición de mañana y por ahora no tengo material ni para cinco.

—Vengo a contarte algo que te puede ayudar. En el blog *Sol de noche* acaban de sacar una nota interesante.

Juárez entró al blog de inmediato y la cara le cambió mientras leía. Se le fue abriendo la boca de puro asombro y mientras volvía a agarrar el teléfono la miró de reojo.

—Si esto es cierto, tenemos tapa. Gracias, Solcito, muchas gracias.

Se fue antes de que le pusiera la mano en el hombro.

En su computadora la esperaba un mensaje de Timón.

"Excelente artículo. Ahora solo nos falta encontrar la conexión con Convertini. ¿Qué vio? ¿Quién lo mató?".

Por supuesto, tenía razón. Ese hilo de la trama aún permanecía oculto. Pero ella estaba demasiado cansada para pensar en cómo encontrar la punta. Además intuía que en las horas siguientes la madeja se desarmaría sola.

Pronto se supo que Federico Pereira tenía un Peugeot 205 azul a su nombre. Que, casualmente, se encontraba en un taller para ser reparado. Y que había llegado con la luneta delantera destrozada. Pero la noticia más impactante se conocería mucho más tarde. Sol se enteró por Juárez, que esa noche fue pura sonrisa. Gracias a que había sido el primero en llamar al fiscal –y avivarlo de las novedades que circulaban–, había conseguido la foto más ansiada en exclusiva.

Porque lo primero que el fiscal hizo fue pedir las imágenes de ese día tomadas automáticamente por las cámaras del peaje en la autopista a Cañuelas. Y allí estaban el Peugeot azul y sus dos ocupantes retratados.

La sorpresa llegó cuando la ampliaron. Quien manejaba el auto no era Federico: era Tommy Fox. El ídolo de las niñas, el muchacho de los ojos verdes y la sonrisa perfecta, era el culpable directo del homicidio de Alberto Gálvez. Por supuesto, la foto fue la tapa del diario. Se lo veía sonriente, canchero, con las manos en el volante. El título era: "Cae una estrella".

Horas más tarde el club de fans envió un mail a todos sus socios anunciando su disolución. La estrella había caído del firmamento y nadie quería que lo golpearan los pedazos.

26.

Sol pensó que era una crueldad que hubiera una cámara frente a la casa de Federico Pereira en el momento en que lo sacaban esposado y su madre lloraba a mares en la puerta. Pero, por supuesto, no era por crueldad sino por conveniencia, o por un intercambio de favores, que la policía había pasado el dato que le permitió al canal de televisión estar en ese preciso instante y mostrar la cara de niño asustado que pese a sus veintidós años tenía Federico, los ojos húmedos y el temblor de sus manos esposadas.

No solo estaba destruido por la perspectiva de la cárcel, sino por la traición de su supuesto amigo Tommy Fox, que había huido sin volver a hablarle y se encontraba "descansando" en algún lugar de Estados Unidos que sus representantes se negaban a revelar. Por eso era esperable que Federico se quebrara y en los días siguientes contara todo, todo lo que le preguntaron y más aún. Y lo que contó convirtió al caso en algo mucho más impactante y jugoso de lo que se esperaba. Fue el único tema del que los medios hablaron a lo largo

de días y días, hasta que el público estuvo saturado de Tommy Fox y todo el asunto. Y aún entonces se siguió hablando un poco más.

La relación se había iniciado apenas Tommy llegó al país, cuando la productora puso a Federico a cargo de la poco envidiable tarea de velar por los deseos del músico. Era él quien debía garantizar que en la heladera hubiera una provisión suficiente del agua mineral que le gustaba, que la fruta en su habitación estuviera en su punto justo y las camisas se plancharan acorde a sus indicaciones. Su apodo pasó a ser *Fedy*: así era como Tommy podía pronunciar su nombre. Y fue *Fedy* el elegido para descargar su secreto aquella noche. Tommy le habló del plan diseñado por Daniela para escapar a bordo del camión de basura y también de sus dudas. Porque la idea le provocaba una mezcla de fascinación y pavor.

—No quiero quedar en manos de la gorda —le dijo.

Federico se ofreció a acompañarlo. O si prefería, a cambiar el plan: en lugar de ir a bailar a un boliche podían ir todos a una fiesta a la que él estaba invitado. Era en un barrio cerrado cercano a Cañuelas donde tres amigos festejaban que acababan de recibirse: habría mucha bebida y unas chicas que estaban muy pero muy buenas. Tommy sonrió complacido. Al instante decidió no solo cambiar el plan sino dejar a Daniela y Marcela afuera.

En principio todo salió según lo planeado. Federico esperó en el Peugeot el paso del camión de basura y se puso detrás. Tommy estaba trasladando una bolsa al camión cuando él descubrió al fotógrafo en el auto rojo.

Miraba al hotel. Lo vio tomar la cámara, bajar la ventanilla y disparar varias veces. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, un pálpito de que algo malo iba a suceder. Se lo contó a Tommy apenas subió al auto, pero él no le dio importancia. Miró hacia atrás y sacudió la cabeza.

—No me reconoció —dijo sonriente—, si no, nos hubiera seguido. Este disfraz, hermano, es espectacular.

En el auto sonaba su propio disco y Tommy empezó a cantar mientras hacía percusión contra la guantera. Ya habían subido a la autopista cuando dijo que quería manejar. Federico intentó disuadirlo: sabía que había tomado bastante, que no tenía su licencia de conducir y que le gustaba demasiado la velocidad. ¿Pero quién podía decirle que no a Tommy Fox? Terminaron cambiando de lugar poco antes de llegar al peaje. Luego Tommy tomó la ruta 205, quizá por error. Pero al verla sonrió: la ruta lucía desierta, una lengua negra que desaparecía en la masa de niebla. Era como meterse en una nube o en un sueño.

Acababa de empezar el tema "La velocidad de la música" cuando Tommy subió al máximo el volumen y apretó a fondo el acelerador. Federico le gritó que estaba yendo demasiado rápido, pero ni siquiera logró oír su propia voz.

—*The music can't stop, the music can't stop*... —aullaba Tommy en el momento en que surgió en medio de la nube esa figura fantasmal en bicicleta. Intentó un volantazo, pero fue demasiado tarde: el cuerpo golpeó contra la luneta, la lluvia de vidrios los bañó y la frenada hizo que el auto girara como un trompo antes de detenerse.

Fue un instante y duró para siempre. Cuando abrió los ojos, Federico vio que los dos tenían cortes, sangre en las manos y en la cara. Aún sonaba la música, pero se mezclaba con los gritos de Tommy y un zumbido que él no sabía si venía de afuera o del interior de su cabeza. Se desprendió el cinturón y abrió la puerta. Quería bajar y ver y al mismo tiempo no quería. Porque presentía que lo estaba esperando una escena horrible, un cuerpo destrozado, un hecho sobre el que ya no había cómo volver atrás.

Dijo que después pensó muchas veces en todo lo que había hecho mal. Dejar que Tommy manejara, por supuesto. Después, no quedarse en el lugar. Había sacado el celular y estaba junto al tipo herido, marcando el 911, cuando el brazo de Tommy lo detuvo.

—Tenemos que irnos —le gritó—. Nadie nos puede ver acá. Para mí es el final de mi carrera, es el fin de todo. Vamos al auto.

Y Federico obedeció. Pero ya había apretado el botón en su celular y antes de subir al auto pidió la ambulancia. Cortó cuando le preguntaban su nombre. No hubo ahora discusión sobre quién manejaba: limpió el asiento de vidrios, se abrochó el cinturón y avanzó lentamente. Pensaba en ir a un hospital a que les curaran las heridas y lo examinaran a Tommy, que se quejaba de un fuerte dolor en el cuello. Pero él se negó. Estaba histérico y todo lo que quería era hablar con Max, su guardaespaldas. Al tercer llamado logró despertarlo.

Federico lo oyó llorar cuando le contaba del accidente, del cuerpo en el asfalto, de sus heridas, del dolor

en el cuello. Pero lo que a Max le importaba era si alguien sabía, si alguien lo había visto.

—No, no, solo las chicas, en el hotel, pero no sabían a dónde íbamos. Ah... y había un fotógrafo en un auto rojo. Fedy lo vio. Sí, sacó fotos, no sabemos de qué... Sí, pudo ser del auto.

Él no escuchó la respuesta del guardaespaldas. Pero supo que insistía en que se refugiaran en un lugar apartado y terminó ofreciendo la casa de fin de semana de sus padres, a la que sólo iban en verano. En la garita de seguridad se guardaban unas llaves de repuesto, que retiró al llegar.

—¿Qué le pasó? —preguntó impresionado el guardia al ver el auto.

—Me cayó encima la rama de un árbol. Parece que ya habían denunciado que estaba quebrada y la municipalidad no hizo nada.

Cuando lo dijo pensó que esa era la primera mentira, la primera de las muchas que tendría que decir en los días siguientes. Un par de horas más tarde se presentó en la casa un médico joven al que Max había contratado para que les viera las heridas. Eran superficiales, consideró, pero como precaución le hizo poner un cuello ortopédico a Tommy. Que a esa altura estaba insoportable: un quejido permanente por el dolor, por la mala suerte, por el futuro.

Max llegó a la mañana siguiente, con comida y ropa para los dos. Tenía una actitud afable, casi ligera, cuando dijo que tendrían que quedarse unos días hasta que desparecieran las heridas, *una semanita quizás*. Federico contestó que no era posible, que él tenía que volver a su casa y al trabajo. Pero no era así, le explicó

Max: estaba todo arreglado. Su jefe en la productora era el único al tanto de la situación y le mandaba a decir que su tarea en los siguientes días era cuidar a Tommy. Y hasta les habían avisado a sus padres que habían tenido que mandarlo de viaje de improviso, para cubrir a un compañero enfermo. Esa misma tarde, además, le llevarían el auto a un taller y quedaría como nuevo.

—O sea —Max sonrió—, no tenés que preocuparte por nada.

A Federico la frase le pareció muy preocupante. Pero aceptó, como aceptaría todo lo que siguió, con angustia y al mismo tiempo sin saber cómo salir de la trampa. El peor momento llegó en la noche cuando vieron por televisión la noticia de la muerte de Convertini. Estaban los dos sentados en el sillón y Federico se volvió bruscamente hacia Tommy. Una sensación de náusea le estaba subiendo desde el estómago.

—¿Vos sabías?

Tommy negó con la cabeza y clavó su vista en la pantalla. Era malo mintiendo, se le veía en la cara.

—¿Lo hizo Max, no?

Tommy volvió a sacudir la cabeza. No lo miraba y quizá fue eso lo que acabó por desatar la furia de Federico. Le puso una mano en la mandíbula y con violencia lo forzó a girar la cabeza.

—Decime la verdad.

—Soltame —la voz de Tommy se estaba quebrando—. Él no quería.

Federico lo soltó. La náusea ya le llegaba a la boca.

—¿No quería? ¿Qué querés decir? ¿Lo mató sin darse cuenta?

—Fue a hablar con el fotógrafo. Le ofreció comprarle las fotos de ese día, buena plata. Pero el tipo se puso difícil, dijo que tenía que analizarlas, que no sabía el precio... Empezaron a discutir y las cosas se le fueron de las manos. Max se metió en el auto y el tipo se agachó y agarró una barra de metal que tenía en el piso. Entonces Max sacó el arma, hubo un forcejeo...

—Y lo mató. Qué hijo de puta.

Tommy sacudió la cabeza.

—Te digo que no quería. Ahora todos estamos metidos en esto, Fedy. Hay que aguantar y...

Federico no oyó más: fue al baño y vomitó todo el contenido de su estómago.

Al otro día Max llegó con una enorme pila de DVD: series y películas. También traía un bolso con sus efectos personales porque había decidido instalarse con ellos unos días. Para atenderlos mejor, dijo. Más tarde Federico descubrió el porqué de las películas. La conexión al cable de la televisión había sido cortada. Tampoco había internet y, como solía suceder en la zona, su celular no tenía señal. No más noticias. Durante varios días se sintió tan aislado como en una isla desierta. O como estaría en prisión, pensó con amargura.

En esos días varias veces consideró la posibilidad de escaparse. Pero Max dormía en el living y tenía que pasar a su lado para alcanzar la puerta. Finalmente la oportunidad llegó una tarde en que el guardaespaldas salió a comprar comida. Había cerrado la puerta con llave, pero Federico descubrió que una de las ventanas de la cocina tenía la reja rota y se abría lo suficiente para

salir por ahí. Esperó hasta que Tommy se metió en el baño y escapó sin llevar nada consigo. En la garita explicó que estaba sin teléfono y los guardias de seguridad le pidieron un remise. Estaba viajando a su casa cuando recibió un mensaje de texto en su celular.

"Si hablás estás jodido. Tommy va a contar que intentaste secuestrarlo. Ya tenemos un testigo dispuesto a declarar que vos manejabas, que tenías a Tommy atado y que te negaste a esperar la ambulancia. Te caen quince años, mínimo".

No habló con nadie. Los días siguientes los pasó con sus padres, encerrado en su casa. Hasta que una tarde supo que Tommy estaba viajando de regreso a Estados Unidos. Aun no se sabía nada y pensó que, al fin y al cabo, quizá todo quedaría así.

Después la bomba le estalló en la cara.

27.

La nota de *Sol de noche* que reveló la existencia del accidente hizo que el sitio batiera su récord de visitas y que llovieran todo tipo de mensajes. Hubo felicitaciones, preguntas, hasta ofertas de trabajo. Sol se sentía orgullosa, pero el anonimato que se había impuesto le impedía mostrarlo. En verdad, era un poco deprimente no tener con quién festejar. Tatú se había tomado una semana de vacaciones e Ignacio era indefectiblemente Ignacio: le dio una palmada en la espalda, susurró unas palabras de aliento y no volvió a hablar del asunto.

Una de esas tardes escuchó una conversación cuando pasaba por Policiales. Juárez hablaba con Raúl Viñas, el jefe de la sección. Se detuvo y fingió leer la tapa de un diario que estaba sobre un escritorio.

—¿Pero quién es el tipo que hace ese blog? —preguntó Viñas.

—Las notas las firma Julián Monterreyes. Pero debe ser un seudónimo. Para mí es alguien del medio, con experiencia y buena data.

Viñas bajó la voz.

—¿No será Frazoni? Hay algo en el estilo...

—¿Frazoni? —Juárez se rio—. No, tiene que ser alguien mucho más joven. Los conocimientos tecnológicos de Frazoni apenas le alcanzan para prender la computadora. No debe ni saber lo que es un blog.

—En cualquier caso, hay que prestarle atención. Es alguien con muy buenos contactos. Más quisiera yo que nosotros tuviéramos esas primicias.

Mientras iba hacia Sistemas Sol se reía sola. Se imaginaba sus caras si supieran quién era en verdad Julián Monterreyes. En esos días fantaseó muchas veces con revelar el secreto y observar sus reacciones. Pensaba en el revuelo que se armaría, en la sorpresa de su padre, en la expresión de Juárez, que habría tenido que dejar de llamarla Solcito de una vez por todas. Pero no lo hizo. Ese momento no valía tanto como para hundir para siempre el blog, que habría sido el único resultado posible si contaba la verdad.

El viernes recibió un mensaje de texto de Tatú, que acababa de volver tras una semana aislado en un refugio de montaña y recién entonces se enteraba de lo sucedido. Cuando leyó el mensaje, Sol se dio cuenta de lo mucho que lo había extrañado.

"¿Te dije que sos mi periodista preferida? Les pasaste el trapo a todos".

Contestó enseguida.

"Me merezco, mínimo, una caja de chocolates, ¿no?".

"Mucho más —respondió él—. Festejemos esta noche, pago yo. ¿Sushi y vino? ¿Pizza y cerveza? ¿O todavía no tomás?".

A Sol no le gustaba mucho el alcohol, pero odió tener que admitir que no tomaba, porque era una forma de recordar que seguía siendo menor de edad.

"Pizza o sushi me gustan. Para mí con agua", escribió.

Él se tomó varios minutos para responder: quizás era que estaba asimilando los años que los separaban.

"Tenemos una cita entonces. ¿En la esquina de tu casa a las diez?".

A Sol le pareció extraño que usara la palabra cita, excesivamente formal. Y el horario era un poco tarde: confiaba en poder estar de regreso antes de que volviera su padre.

"¿Puede ser a las ocho y media?".

Otra vez, él demoró la respuesta. Y cuando llegó le pareció tierna y un poco deprimente a la vez.

"Creo que hace diez años que no ceno a esa hora. Lo voy a hacer solo por ser vos... Besos".

28.

Era la primera vez que iban a salir de noche. O no: en verdad, varias veces habían tomado algo en la esquina después de que Tatú terminara su trabajo, cuando ya había oscurecido. Pero no así, no como cita. La sola palabra la había puesto nerviosa.

Se cambió tres veces y finalmente volvió a los jeans, para no parecer demasiado preocupada por su aspecto. Pero en lugar de las zapatillas se puso las botas con tacos que la acercaban un poco a la altura de él. Y se maquilló discretamente: solo un trazo de delineador en los ojos y un toque de lápiz de labios rosa pálido. Cuando se miró en el espejo pensó que era poco y a la vez mucho.

Él llegó sorprendentemente puntual y la saludó con un abrazo que duró unos segundos más de lo esperado. Tras discutir las opciones eligieron el sushi, no tanto por la comida en sí sino porque el lugar, dijo Tatú, tenía más onda que la pizzería. Cuando entraron Sol vio que era una onda de música suave y velas en las mesas, lo que no hizo más que aumentar su nerviosismo. Pero

Tatú se veía relajado y tras encargar la tabla de sushi, el vino y el agua, pasó a relatarle con lujo de detalles sus peripecias por la montaña, el accidente que lo había llevado a perder el rumbo y a que un cazador estuviera a punto de matarlo confundiéndolo con un animal salvaje. Poco después ya se reían por cualquier cosa, él aflojado por el vino que iba bajando en la botella y ella por su risa, unas carcajadas explosivas que hicieron que un par de veces un vecino de mesa se volviera a mirarlos.

Analizaron el caso de Tommy Fox paso por paso, los motivos que lo habían impulsado, sus consecuencias.

—Es tremendo si uno lo piensa —dijo Tatú—. Primero dejaron tirado a un tipo moribundo y después mataron a otro con tal de taparlo. Todo para que Tommy no perdiera su imagen, su pedacito de fama.

—La gente es capaz de todo para defender lo que le interesa. Hasta las cosas más horribles.

—Te estás poniendo oscura.

—La realidad es oscura.

Tatú sonrió y se sirvió un poco más de vino.

—Mejor cambiemos de tema. Contame las novedades del diario.

Hablaron entonces de los últimos chismes, de las peleas recientes, las alianzas y, sobre todo, del romance entre un fotógrafo y una periodista de Espectáculos que ellos intentaban ocultar pero todo el mundo comentaba. Fue entonces cuando Tatú se sirvió el final de la botella y la miró sonriendo.

—Te voy a decir algo de lo que quizá me arrepienta.

Sol también sonrió. Pensó que venía una historia jugosa y secreta sobre alguno de sus compañeros.

—Dale.

—Creo que estoy un poco enamorado de vos.

Ella no supo dónde poner los ojos ni qué hacer con esa sonrisa que aún tenía pegada en los labios. Se hizo un silencio que a los dos les pareció interminable.

—No sé qué decir —fue lo que finalmente ella dijo.

Él tomó el último trago de vino.

—Creo que ya me arrepentí —dijo mientras se levantaba—. Ahora vengo.

En el baño se lavó la cara varias veces en un intento por eliminar el alcohol y la vergüenza que le parecía tener pegada en las mejillas. Mientras volvía a la mesa le hizo una seña al mozo para que les trajera café. Luego la miró, serio.

—Disculpame. ¿Podemos olvidarnos de lo que dije?

Sol sonrió incómoda.

—No, disculpame vos. Me tomaste por sorpresa.

Él movió la cabeza.

—Estuvo mal. Vos sos demasiado chica y yo estoy demasiado borracho.

Se callaron mientras el mozo depositaba las tazas de café en la mesa.

—¿Podemos olvidarlo?

—Si querés. Y no soy demasiado chica.

No fue fácil recuperar la conversación, pero al final encontraron un tema que pudieron prolongar hasta el final de la cena y en la caminata hasta la casa de Sol. Al despedirse ella lo abrazó y le susurró al oído que estaba todo bien.

Mientras subía en el ascensor se sintió furiosa consigo misma. *¿No sé qué decir?* Eso había dicho. *No sé qué decir.* Había sido la peor respuesta del mundo, la más imbécil, la más mezquina. Aunque, por otra parte,

había sido sincera: no lo sabía. Como no sabía tantas otras cosas: si quería que pasara algo con Tatú, si prefería esperar y conocerlo mejor, si le daba miedo, si también ella estaba un poco enamorada de él. No sabía si su respuesta había cerrado la puerta entre ellos o si aún había una rendija. No sabía si él la perdonaría o si le había roto el corazón.

Lo único que sabía era que no estaba todo bien.

29.

Unos días más tarde, cuando fue a desayunar, Sol encontró un sobre blanco en su lugar de la mesa. Su padre leía los diarios. Ella apoyó la taza de café y lo levantó.

—¿Qué es esto?

—Abrilo —dijo sonriendo.

Adentro había un papel. Lo recorrió rápido con los ojos. Un pasaje de avión, eso era. A nombre de Soledad Linares. Buenos Aires-Londres. Ida: 10 de enero. Regreso: 8 de febrero. Era real, se iba.

—¡Lo compraste! —Dio vuelta a la mesa y lo abrazó—. Gracias, pa.

Él pasó un brazo alrededor de su cintura.

—Y estuve hablando con tu abuela. No sabés lo contentos que están todos de recibirte. Quieren pasearte por toda la ciudad, llevarte un día a Oxford, otro a Cambridge y no sé cuántas cosas más. Tiene muchos planes tu Granny.

—¿Y vos?

—¿Qué?

—¿No te dan ganas de ir?

Movió la cabeza.

—No, creo que es mejor así. Vas a ver los lugares donde creció tu madre, su escuela, su gente. Me dijeron que Judy, su mejor amiga de la adolescencia, te quiere conocer. Tiene fotos y cartas para que veas. Una, en particular, que quiere entregarte: ahí tu mamá le contaba que estaba embarazada de vos —sonrió—. Creo que todo eso para mí sería demasiado.

Sol asintió mientras se sentaba. Era cierto. A veces tenía la sensación de que su madre era para ella un hueco. Un hueco que necesitaba ser llenado con relatos, información, imágenes. Pero para su padre era otra cosa: una herida, quizá, que convenía no tocar demasiado.

Le dio un trago al café, que estaba un poco frío.

—Te voy a extrañar.

—Creo que yo te voy a extrañar más, vos vas a estar muy ocupada.

Estaba mordiendo una tostada cuando se dio cuenta de que había una caja rara sobre el aparador. Era grande, de cartón azul, y no la había visto nunca. Diego captó su mirada.

—Esa es otra cosa de la que te quería hablar.

—¿Qué es?

Se levantó y trajo la caja a la mesa. Sacó la tapa: adentro había varios cuadernos, recortes de diarios y revistas, documentos legales, hojas sueltas.

—Es todo lo que junté sobre la muerte de tu madre en estos años.

—No la había visto nunca. ¿Dónde estaba?

—En mi habitación, adentro de una valija. Antes no quería que lo vieras, pero ahora pienso que esto también es tuyo.

—¿Y qué hay?

—De todo. En los primeros años yo estaba obsesionado, sabés. Quería que encontraran a los asaltantes, que los policías fueran presos por su intervención y, sobre todo, saber. Saber quiénes eran, por qué se habían comportado así, si alguien los había mandado. Hablaba con el fiscal, iba a las audiencias, buscaba información, cortaba lo que salía en los medios. Todo eso está ahí. En un momento me di cuenta de que no quería seguir viviendo así, que no podía. Y aflojé. Pero nunca pude dejar de cortar las notas.

Sol metió la mano en la caja y sacó uno de los cuadernos. Estaba cubierto de anotaciones, con la letra pequeña y prolija de su padre. Fechas, nombres, hechos.

—Un día lo voy a leer todo. Pero no ahora.

—No —sonrió—. Hay tiempo. Ahora tenés que dedicarte a planear tu viaje. En realidad —miró el reloj—. Ahora tenés que ir a la escuela.

—Sí.

Se levantó y volvió a abrazarlo. Más fuerte.

—Gracias, pa. Por todo esto. Te quiero.

—Dale, que es tarde —dijo Diego y clavó la mirada en el diario.

Sol sonrió mientras recogía su mochila. Obviamente él quería evitar que se diera cuenta de que estaba emocionado. Un llorón, su viejo.

30.

Federico Pereira estuvo preso diez días y luego le dieron la libertad condicional hasta el juicio. Una vez que se confirmó que era Tommy quien iba al volante, los cargos contra él se alivianaron: solo lo acusaron por abandonar a Gálvez herido y por el encubrimiento. La Justicia, en tanto, había pedido la extradición de Fox y de Max Cornell, pero nadie creía que eso pudiera suceder pronto, si es que alguna vez sucedía. Los cargos contra ellos eran más pesados: a ambos se los acusaba de homicidio.

Rímini, el sereno, evolucionaba muy lentamente y aún no podía declarar. Los rumores, sin embargo, decían que no recordaba gran cosa de lo sucedido. La pequeña mancha de sangre y los destrozos encontrados no habían alcanzado para probar nada, de modo que sin su declaración el caso quedaría en la oscuridad. Sol se inclinaba a pensar que había sido Max Cornell quien lo había atacado, y quizá porque lo había conocido a Rímini, porque le había parecido un buen tipo, esperaba ansiosa que se recuperara y señalara al culpable.

Aunque tal vez la ansiedad también se debía a que el caso había terminado. En los días siguientes, después de publicar su última entrada en el blog, se sintió un poco vacía. Fue cuando tuvo ganas de escribirle a Timón. Había estado pensando mucho en él y en sus sospechas, que ahora veía absurdas. Era evidente que ella se había equivocado. Pero aun así, su comportamiento le seguía pareciendo extraño. ¿Quién era? ¿Y por qué se había molestado tanto en ayudarla? De modo que una noche se sentó a escribirle, decidida a averiguar la verdad.

"Estimado A.L. Timón:

"Creo que nunca le agradecí como correspondía su ayuda. Sin ella, no habría llegado a ninguna parte. Y le confieso, Al (¿puedo decirle Al? Llamarlo por su falso apellido me resulta muy impersonal), que durante un tiempo desconfié de sus motivos, creí que podía estar involucrado en el caso. De modo que no solo quiero agradecerle calurosamente su colaboración, sino también pedirle que me dé algo que alivie esta tremenda curiosidad. ¿Por qué lo hizo? ¿Quién es A.L. Timón?

"Déjeme que le cuente cómo lo imagino. Pienso que usted es un ex policía o ex detective con notables habilidades para la investigación. Pero que por algún motivo está encerrado en su casa. Quizá sea muy anciano, quizá esté en silla de ruedas... Como sea, tiene todo el tiempo del mundo, una computadora conectada a internet y un cerebro privilegiado. ¿Me acerco en algo a la verdad?

"Por favor, no me deje con una intriga eterna.

"Con aprecio,

"Julián".

La respuesta tardó solo quince minutos. Sol acababa de ponerse el piyama cuando oyó el sonido de un mensaje entrante y se abalanzó sobre la computadora. Lo leyó cuatro veces seguidas porque quería más, tanto más. Pero tuvo que resignarse a que eso era lo que le daría y, en cierta forma, era justo.

"Estimado Julián:

"Me imaginaba, sí, que usted había dudado de mí y entiendo que mi comportamiento puede resultar enigmático. Pero tal como le dije, y vuelvo a decirle, no hubo motivos ocultos en mi intención de ayudarlo a descubrir la verdad. Simplemente me apasiona hacerlo.

"Creo que lo va a desilusionar saber que no me parezco a su fantasía. No soy anciano ni estoy en silla de ruedas. Pero sí me siento muy atraído por los casos policiales que encierran algún enigma. Y también paso mucho tiempo en mi casa por motivos que no voy a comentar. Este caso me permitió poner mi cabeza en algo interesante y olvidar por un tiempo ciertos temas difíciles.

"Lo que no es justo es que me pida mi nombre real. ¿Acaso yo sé quién se oculta detrás de su apodo? Mejor sigamos a mano. Y sí, claro, puede decirme Al. Yo voy a seguir llamándolo Julián. Quizás, a esta altura, también podríamos empezar a tutearnos.

"Pienso que hicimos en este caso un gran equipo. ¿No estás de acuerdo? Te propongo que mantengamos esta sociedad. Estoy seguro de que muy pronto habrá otra historia que nos convoque.

"Hasta entonces,

"Al".

Sol apagó la computadora y fue a lavarse los dientes. Se dio cuenta de que poco a poco su frustración se iba disolviendo. Por ahora podía seguir sin saber muchas cosas, entre ellas el verdadero nombre de Timón. Ya habría tiempo de averiguarlas. Tenía un proyecto, un socio y estaba ansiosa por encontrar una historia nueva.

Su Sol de noche seguía encendido.

Índice

1. 7
2. 15
3. 17
4. 27
5. 33
6. 39
7. 45
8. 51
9. 55
10. 61
11. 65
12. 73
13. 79
14. 83
15. 91
16. 97
17. 103
18. 107
19. 113
20. 117
21. 123
22. 131
23. 137
24. 141
25. 147
26. 151
27. 159
28. 163
29. 167
30. 171